ARTURO SCARONE

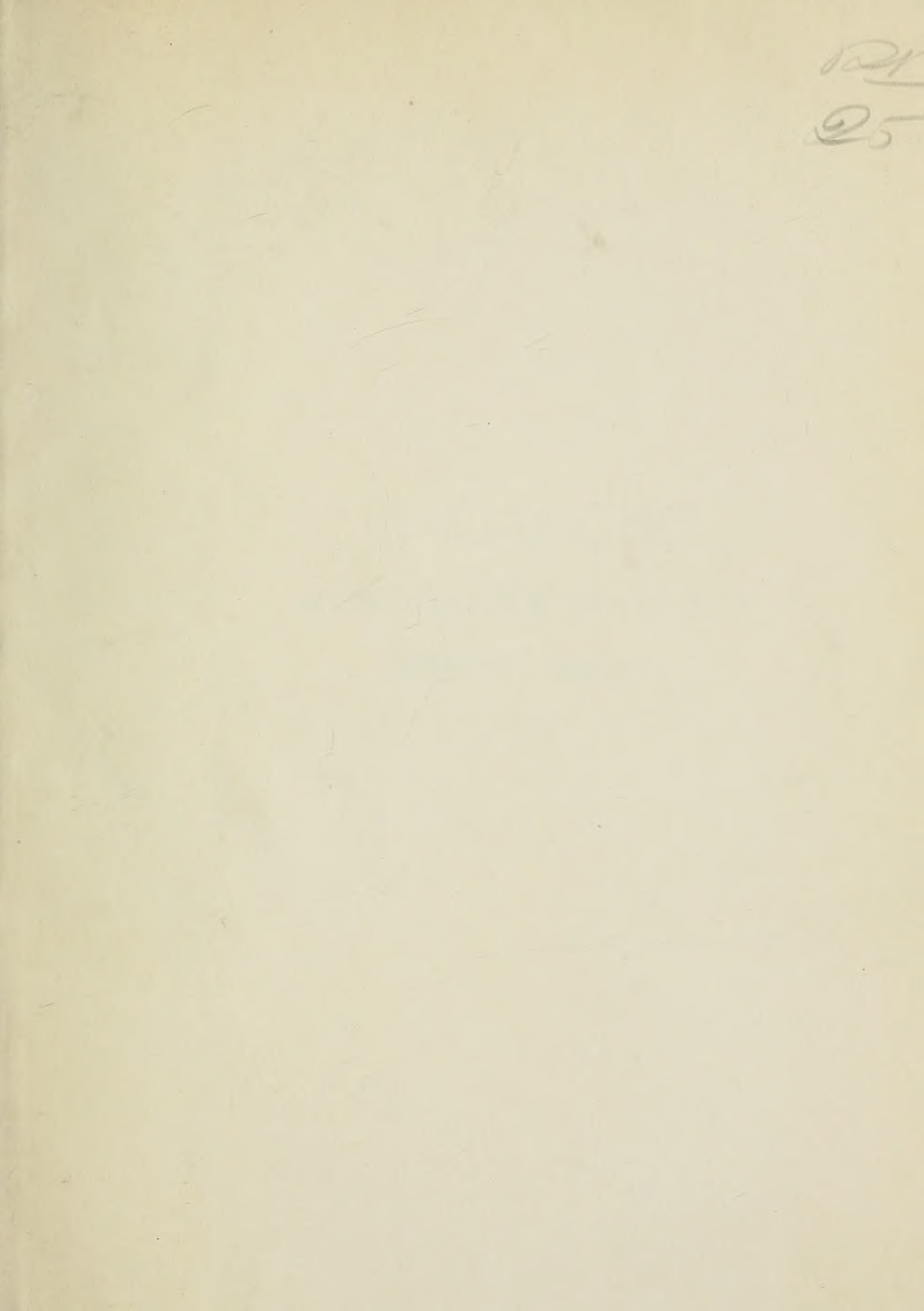
EL GAUCHO

MONOGRAFÍA SINTÉTICA (HISTÓRICO - LITERARIA)





MONTEVIDEO
Editor: Maximino García. — Sarandí, 461
1922



EL GAUCHO

MONOGRAFÍA SINTÉTICA

(HISTÓRICO - LITERARIA)

DEL MISMO AUTOR

La Biblioteca Nacional de Montevideo. — Reseña histórica con motivo del primer centenario de su fundación. 1816. — 26 de Mayo 1916, (Obra costeada por la Biblioteca Nacional, por decreto del Ministerio de Instrucción Pública). — Montevideo, 1916.

El libro y sus enemigos. — Estudio sobre los insectos que invaden las bibliotecas, museos y archivos. — Obra ilustrada con numerosos grabados y publicada por la Biblioteca Nacional de Montevideo, por decreto del Ejecutivo, de Julio 6 de 1917. — Prólogo de Juan A. Zubillaga. — Montevideo, 1917.

El Doctor Joșé Manuel Pérez Castellano. — Su vida, su obra, su testamento. — Montevideo, 1916.

Dámaso Antonio Larrañaga y la fundación de la Biblioteca.—Montevideo, 1916.

Anotaciones históricas sobre la ceremonia de la inauguración de la Biblioteca Pública de Montevideo. — Montevideo, 1916.

La Reforma Constitucional y el Ejecutivo Colegiado. — (Conferencia). — Montevideo, 1915.

Pro - Patria. — Trabajos presentados al primer Congreso Patriótico del Uruguay. — Montevideo, 1916.

Uruguayos Contemporáneos. — Diccionario de datos biográficos. — Prólogo del Doctor Juan Antonio Buero. — 1.000 biografías con numerosos grabados en el texto y en planchas especiales. — Montevideo, 1918.

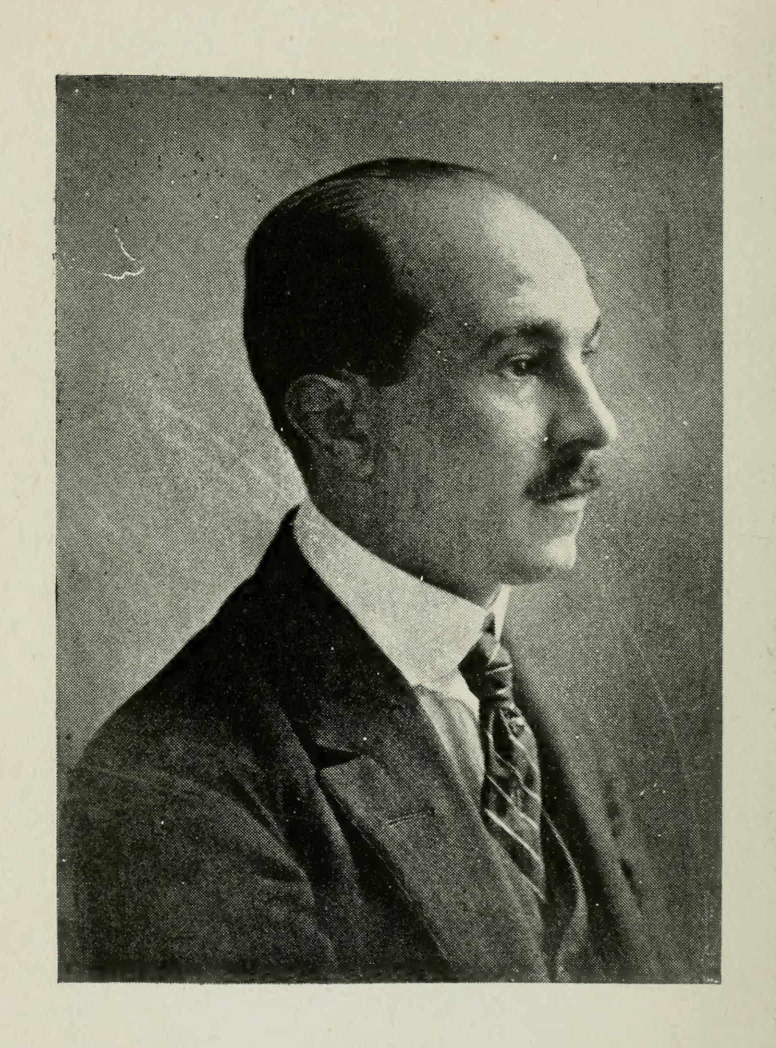
EN PRERACION

Manual del Bibliotecario y del Amateur.

Uruguayos Contemporáneos. — (Segunda edición).

La Prensa Periódica del Uruguay.

Apuntes Bibliográficos.



EL GAUCHO

MONOGRAFÍA SINTÉTICA

(HISTÓRICO - LITERARIA)

POR

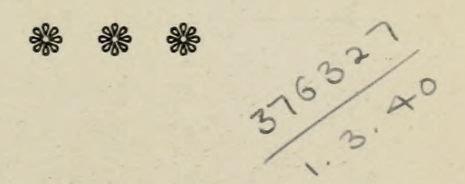
ARTURO SCARONE

SUB-DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MONTEVIDEO

PRÓLOGO DEL DOCTOR JOSÉ SIENRA CARRANZA

ILUSTRACIONES DE CARLOS CASTELLS

❃ ❃ ❃



MONTEVIDEO
MAXIMINO GARCÍA. — EDITOR
SARANDI, 461
1922

Este trabajo fué presentado al concurso que en 1919 organizó la Federación Rural del Uruguay para que los artistas enviaran proyectos del Monumento al Gaucho. Mereció un premio especial por parte del Jurado que falló en ese concurso. Al darlo hoy a publicidad, después de más de dos años de escrito, he querido que apareciese tal como fué presentado por aquel entonces, sin cortes ni agregados.

ARTURO SCARONE

Montevideo, Diciembre de 1921.

PRÓLOGO

resultando eso las bases del pueblo, el pueblo mismo, a quien incumbe la obligación de defender la bandera, contra quienquiera que la ofenda. ¿Qué bandera? La que sea, contra el extraño usurpador y contra el injusto opresor, como quiera que éste se llame y sea quien fuere el héroe que tuviera en sus manos la bandera de la libertad: el gaucho que adora y sigue a Güemes o a Artigas.

Los viejos tenemos la manía de los recuerdos de la juventud.

No sé en lo que a este respecto concluyó un admirable ingenio con quien en temprana edad tuve ocasión de cambiar ideas, entonces no opuestas entre ambos. Y no afirmaría que no fuese una de mis lecturas o de una de las suyas que en cierta ocasión se evocaba la opinión de algún escritor argentino que afirmaba haber mayor semilla de republicanismo y de federalismo en las lanzas de los caudillos llevadas hasta la pirámide de la Plaza de la Victoria, que en los libros de los apologistas de la importación de una monarquía europea que Rivadavia habría querido recibir de manos de la Santa Alianza para tranquilizar al Río de la Plata.

Pero me consta que un joven amigo mío (porque aún en mi más provecta edad insisto en la comunión con el alma de la juventud, sintiendo hoy casi en absoluto lo mismo que sentía en los primeros años, revividos en la familiaridad con los jóvenes tanto como en el cariño de los que aún quedan de los amigos de mi niñez) me consta, digo, que un joven ha encontrado cierta confirmación de sentimientos del gaucho que usted describe, en algunas de las estrofas de mi canto a «La Caida» que explicaban el sentir de aquella temprana disquisición con Pedro Goyena. (Usted podrá percibir que el asunto «La Caida» fué el quejido de los dolores patrios opuestos a las ovaciones de la «La Leyenda Patria» en los oprobiosos días de la dominación de Latorre).

(1) Al grito inmenso que agitó la tierra,
Violada por el pie del extranjero,
Rudo clamor de independencia y guerra
Exhaló de su seno el Hervidero.

Cuando a tus puertas la invasión golpea
Hay quien levante ¡oh patria, tu estandarte!
Hay quien vibre su lanza de pelea,
Hay quien sepa morir para vengarte!

Por eso en imponente muchedumbre
Se revuelven tus gauchos escuadrones,
Que al anuncio de nueva servidumbre
Centauros lucharán en sus bridones.

¡Ellos son!... los guerreros furibundos
Hijos de la batalla y las fatigas,
Falanges de soberbios errabundos,
Árabes del Corán que lleva Artigas!

Ellos son, sí, tu libertad, tu vida,
Cabalgan en sus potros altaneros;
No perderás la honra en la partida,
No volverán la grupa tus guerreros.

Son los que ayer pugnaron como bravos,
Los que en las Piedras al sembrar su espanto
Sobre el yugo servil de los esclavos
Tu lábaro elevaron sacrosanto.

---

(1) Fragmento V del canto « La Caída », « Anales del Ateneo » (Tomo VIII, páginas 368 y siguientes), — A. S.

Son los que un día contempló arrogantes
Desde el muro español Montevideo,
Los que lucharon con Rondeau, gigantes,
Por aventar al déspota europeo,

¡No vaciló su fe ni su entereza!
¡No temblaron los pechos orientales!
Y hoy, a insultar su honor y tu grandeza,
No volverán insignias coloniales.

No sé por qué, en algunas publicaciones del canto de «La Caida» fué omitida una estrofa que respondía directamente a esa significión de la causa artiguista:

Y va en sus banderolas más idea
De la futura ley que en los infolios
De la ciencia monárquica europea
que otros mendigan en caducos solios!...

(Sarratéa, don Manuel José García, don Bernardino Rivadavia...)

Con la patria que caía luchando bajo Artigas contra la usurpación portuguesa y las apostasías de la logia unitaria mendicante de príncipes de la Santa Alianza, con aquella patria sacrificada a la traición de la causa americana, cayó revuelta la falange del gaucho ebrio de fe en el credo de su caudillo.

Tuvo razón José Pedro Ramírez saludando a Artigas con la vibrante frase en que Juan Carlos Gómez, en una de sus más elocuentes expansiones, reverenciaba al gaucho que en su propia derrota salvó con Artigas la democracia del Río de la Plata.

¿Quién, comparando con el gaucho de Artigas, dió su vida con mayor abnegación en cambio de la libertad?

Y el gaucho y la patria deben a usted el bello servicio de los datos y los sentimientos puestos en este nuevo trabajo con que usted contribuye al lustre de las letras nacionales.

Reitérole mis felicitaciones.

José Sienra Carranza.



"EL GAUCHO"

(Cuadro de Juan M. Blanes).

El gaucho nació y vivió en contacto con nuestra fértil y sugestiva campiña; abrió sus ojos y vió la inmensidad; a su vista se le ofrecieron nuestros campos con sus ondulantes cuchillas, con sus serpenteados arroyos de verdeantes márgenes. Después, más fuerte y vigoroso, recorrió sus llanos, escrudiñó sus montes, se extasió con el arrullo del manso arroyuelo; escuchó



los suaves trinos de nuestros alados cantores, los bramidos del furioso pampero. El corcel brioso, que dominó con pujanza, dióle alas para recorrer todos los confines de nuestro suelo y todo ello se infiltró en su alma, vibró en su pensamiento y todo eso, en conjunto, formó nuestro gaucho.

Hombre recio, de viril contextura, de hidalguía y de coraje, de

sentimientos tiernos e ingenuos, de corazón ardiente, de mirar altivo, de guerrera pujanza, libre como el corcel que gozoso corre por los campos, con el alma embriagada con arrebatos de gloria, tierno y suave como el canto del boyero y de la calandria que tantas veces escuchó con embeleso desde su cuna; eso fué nuestro gaucho.

En la lucha por nuestra independencia fué siempre noble, valiente, altivo; con sus compañeros, leal y consecuente hasta el sacrificio. Dió generoso su sangre en la guerra para conquistar con ella esa libertad que le era tan querida — para él todo su culto — y fué desprendido con su camarada, con quien compartió siempre sus alegrías y pesares.

Tan encarnado está el gaucho a nuestro terruño, tan es nuestro con todos sus atributos, con todos sus sentimientos, que no podemos concebirlo sin asociarlo en nuestra mente al ombú secular, a los viejos ranchos de barro y totora, a nuestras rientes praderas con sus margaritas y verbenas, que tantas veces holló al correr por la campiña y que tantas veces coloreó con su destilante herida, abierta en su pecho de patriota, en lucha por la libertad o en fratricida contienda.

Y de la naturaleza, de esa madre creadora tan pura en su eterna transformación, en su eterna creación, no podía surgir sino un ser tan acabadamente elaborado.

Rudo, rústico, agreste y a la vez tierno, con un corazón de niño, vigoroso de cuerpo y de alma, fué él el iniciar de nuestra vida libre, de nuestra vida nacional.

Con su brazo, con su sangre, cimentó los arcos de triunfo de nuestra patria y, con Artigas a la cabeza, fué el gaucho el forjador de nuestra libertad.

Con sus titánicos esfuerzos rompió las cadenas oprobiosas de la dominación extranjera y el grito de libertad brotó por vez primera de sus labios para repercutir más enérgico, más

heroico, en las playas de la Agraciada; y, como dijo el poeta y cantor de nuestras epopeyas:

> «El santo juramento
> De *Muerte o Libertad*, firme, grandioso,
> Que da a los hombres de virtud ejemplo,
> Y se esparce solemne y poderoso,
> Cual se difunde el salmo religioso
> Por las calladas bóvedas del templo».

Nuestros bardos cantaron ya sus glorias, nos contaron sus hazañas, nos hablaron de sus homéricas proezas. Zorrilla de San Martín, Regules, Roxlo, De María, Bartolomé Hidalgo, Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo, José Hernández y otros de ambas márgenes del Plata han tejido en honor al gaucho obras admirables. Nuestros estilistas, Javier de Viana, Vigil, Acevedo Díaz, nos han referido en escenas pintorescas — con el sabor propio de nuestra tierra — su vida, sus hechos, sus ingenuas leyendas...

Todos ellos hicieron revivir, a través del tiempo, al gaucho uruguayo y al argentino — hermanos en sacrificios y en alegrías; — hicieron perdurar esa figura que la civilización, en su transformación continua, mezcló, amalgamó y transformó en nuestro actual hombre de campo. Y cabe también a un núcleo de distinguidos compatriotas, que formaron y sostienen la Sociedad «La Criolla», el merecido homenaje por haber hecho revivir en ella el encantador ambiente de nuestras glorias y tradiciones camperas, manteniendo siempre vivo el recuerdo hacia nuestro gaucho.

«El gaucho americano — ha dicho Zorrilla de San Martín,— tendrá su tumba, más grande que la de Atenas, o no merecemos tenerla nosotros». Esto escribió el preclaro compatriota auscultando en el gaucho el primer latir de la naciente nación, viendo

en su figura altiva, heroica, a la progenitora de nuestra tierra, pulsando en ese grupo de hombres agrestes, rudos, enérgicos y, a la vez, tiernos, el impulso inicial de nuestra nacionalidad.

Mirar con el recuerdo hacia el pasado, con el corazón preñado de nobles sentimientos por esa falange que se fué preparando el terreno para los más nuevos que avanzan, pero mirando con la pupila brillante un porvenir siempre promisor; asi marchan los pueblos nobles, los pueblos que triunfan...

Y si el gaucho ha encarnado nuestra vida nacional, si él fué nuestro pueblo y sus glorias, si él fué el defensor de nuestros derechos, esculpir en el bronce su altiva figura es rendir justo homenaje a esos gloriosos soldados que nos dieron Patria y Libertad...

CAPÍTULO PRIMERO

EL VOCABLO «GAUCHO»

CAPÍTULO PRIMERO

EL VOCABLO «GAUCHO». — SU ORIGEN. — ¿DERIVA DEL ESPAÑOL «GAUDERIO»? — OPINIONES DE VARIOS HISTORIADORES Y FILÓLOGOS.

En primer término, toca estudiar en este trabajo — a fin de darle debida ordenación — el origen de la palabra «gaucho», que en los países del Plata se aplica al hijo de este suelo nacido en el campo, criado en el campo y que vive en el campo, dedicado muy especialmente de un siglo acá a las tareas ganaderas.

La Real Academia Española no da la etimología de esta palabra. Se limita a consignar: «*Gaucho.* — Hombre de color que llevaba vida errante y aventurera en las dilatadas campiñas de Buenos Aires y de la Confederación Argentina. — Campesino de aquellos países».

Como se ve, la segunda acepción que la Academia da a ese vocablo está más en consonancia con lo que es el gaucho. Éste, no sólo habitó o habita en la «Confederación Argentina» — en la Nación Argentina — sino también en el Uruguay, en los demás países de la América del Sur y de la del Norte, donde actualmente recibe el nombre de «cow-boy».

Muchos historiadores hacen derivar esta palabra de la del español «gauderio».

Doblas, en su «Memoria Histórica de la Provincia de Misiones», dice: «Del mismo modo (los guaraníes) permiten

españoles «gauderios» changadores, que andan por aquellos campos matando toros para aprovecharse de los cueros».

Hasta se pretende que esa palabra tienen su origen en el idioma inglés. E. E. Vidal, en su libro «Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Monte Video», dice: «All countrymen are called by the inhabitants of Buenos Ayres *gauchos*, a term, no doubt, derived from the same root as our old English words *gawk* and *gawkey*, adopted to espress the awkward, uncouth manners and appearance of those rustics».

Emilio Daireaux, en «El Abogado, etc. — Tratado de Derecho Civil para la República Argentina» (2.ª edición) deriva la voz gaucho del árabe *chaouch*, propiamente *tropero*, en España *chaucho*, corrompido en América en *gaucho*, al pasar de boca de los chilenos por la de los indios de la Pampa».

Y en «Vida y costumbres en el Plata» (Tomo 1.º, pág. 32), dice: «El origen de su nombre, que apenas data de dos siglos, es oscuro. Sin embargo es posible reconstituirlo».

«En la época de las primeras poblaciones en América la dominación de los árabes en España había terminado por la expulsión o por la sumisión; muchos de estos vencidos emigraron. En la Pampa encontraron un medio donde podían continuar las tradiciones de la vida pastoril de sus antepasados; fueron los primeros que se alejaron de las murallas de la ciudad para cuidar los primeros rebaños. Tan cierto es ésto que a muchos usos y artefactos allí empleados se les designa con palabras árabes; al pozo, palabra española, se le nombra *jagüel*, desinencia árabe desfigurada. Es fácil encontrar su parentesco con la palabra *chaucho*, que en árabe significa conductor de ganados. Todavía en Sevilla, hasta en Valencia, al conductor de ganados se le nombra *chaucho*; también se le da este nombre al que conduce los toros de lidia desde la ganadería a la plaza. Fácil es comprender por qué en América

se ha aplicado al pastor de las llanuras, también se deduce sin trabajo el por qué, pronunciada por los indios, la primera sílaba se ha hecho gutural».

«La palabra «gaucho» — dice Groussac — nunca fué dicha ni conocida en España si no por traslado americano. No se debería, pues, buscar en otra parte, si no aquí mismo, su etimología... Por lo que a mí toca, he venido en creer que ella deriva de *guacho*... La palabra *guacho* pertenece a la lengua incásica y corre aún en nuestros dialectos: significa *huérfano, abandonado, errante*, con un sentido algo denigrativo: se le aplica sobre todo a los animales criados lejos de la madre. La inversión silábica, que los gramáticos llaman metátesis, es muy frecuente en los pueblos de habla castellana: de ahí *guacho* transformado en *gaucho* por el más lógico de los procedimientos, que consiste en la precedencia y acentuación de la vocal más fuerte».

Así se expresa, con toda autoridad, el ilustrado autor de «El Plata al Niágara».

Ramón Joaquín Domínguez, en su «Diccionario Nacional o gran diccionario clásico de la Lengua Castellana», dice: «*Gaucho.* — Nombre dado a unos indígenas de ciertos puntos de América, especialmente cerca de Buenos Aires, que viven en el campo; son generalmente civilizados».

En el «Diccionario Enciclopédico de la Lengua Castellana», ordenado por Nemesio Fernández Cuesta, encuentro lo que va a leerse: «*Gaucho.* — Adj. s. prov. América: paisano vagabundo y casi errante de las campiñas del Río de la Plata. Algunos emplean esta palabra, aunque con impropiedad, para denotar, en general, a los campesinos de Buenos Aires y Montevideo».

M. Calandrelli, en su «Diccionario Filológico de la Lengua Castellana», registra al respecto lo siguiente: «*Gaucho.* — Del quichuá *caucho-K*, hechicero, el que se deshoja, brujo; deri-

vado del verbo *cauchu*, hechizar, brujear, y éste de *caucha*, deshojar, coger las hojas de un árbol. El significado primitivo de *cauchu-k*, es el de *deshojador de una rama de árbol con el propósito de conocer la buenaventura, la suerte, la dicha de alguno por el número de hojas*, etc. ; de donde el de *hechicero*, brujo. Y como estos adivinos eran vagabundos, desocupados, que recorrían largas distancias por sitios desiertos, se llamó *cauchu-k*. — *Gaucho* al habitante de la campaña desierta sin ocupación determinada, que no trabajaba. *Cauchu-k* es participio activo de *caucho*, formado por medio del suf-k, Cfr. cauchu-cu, caucha-cu, deshojarse el árbol, caucha-y, cauchu-y, des hojadura ; caucha-chi, permitir, hacer que otro deshoje, etc. Este origen humilde, nacido de una especie de superstición religiosa, fué designado por el *Gaucho*, al incorporarse a la vida social activa, contribuyendo con sus esfuerzos a la independecia de la patria ».

CAPÍTULO SEGUNDO

SOBRE EL ORIGEN DEL GAUCHO

CAPÌTULO II

EL GAUCHO. — SU APARICIÓN EN EL ESCENARIO RIOPLATENSE. — FACTORES QUE INTERVINIERON EN SU CREACIÓN. — A QUÈ SE DEBE SU ORIGEN. — LA INDIA Y EL ESPAÑOL. — EL GAUCHO ES EL HIJO DEL CAMPO.

El gaucho es el hijo del campo; la base de nuestra nacionalidad y de nuestra independencia. En su persona se encuentran encarnadas — destacándose con caracteres indelebles, conquistados a fuerza de abnegación y sacrificios — la Patria, nuestra entrada en el concierto de los pueblos libres, nuestra grande y querida República Oriental del Uruguay. En las largas y cruentas luchas por la emancipación de la tutela extranjera, fué el primero en agruparse en torno de nuestros héroes; acudió en masa, sin que hubiese prófugos ni desertores, a cobijarse bajo el santo emblema tricolor de Artigas; en acudir al llamado de Lavalleja, al grito de «Libertad o Muerte»; en salvar los destinos de la Patria en los campos de Sarandí, a la invocación de «Sable en mano y carabina a la espalda»; en anotar páginas de gloria en los anales de la independencia, con las victorias del Rincón, de Ituzaingó, de Misiones... Derramando siempre, sin usura, su sangre generosa y bravía, inspirado de un acendrado e indiscutible amor al terruño nativo, hizo del pabellón de los célicos colores, una vez difinitivamente constituida y libre su Patria, el sacrosanto emblema de su afectos más preciados.

Es el gaucho — después del indígena, pero con más derechos que éste — el verdadero hijo del Uruguay, el principal a cuya guarda se hallan nuestras tradiciones, el abolengo que nos legaron nuestros mayores. Él es el campo y la Patria toda ; como el hornero, hizo de barro su morada, su hogar ; como la calandria y el zorzal, cantó a la vida en los tibios días de primavera, cuando el sol resurge después de las tristezas del invierno ; nacido y criado en amable consorcio con la naturaleza, creció fuerte, robusto ; así en las guerras por la independencia como en las contiendas civiles, fué el primero en presentarse al toque de *tropa,* acudiendo a defender un ideal que consideró el mejor, el más puro, el único capaz, con el triunfo, de mantener las tradiciones patrias. Después, en las treguas de paz, — que él anheló como el que más — olvidó al enemigo de ayer ; fué su compañero franco y leal ; su camarada fiel y sincero y cuando por las noches, alrededor del fogón, recordaba épocas pasadas, siempre contribuyó para que surgieran mutuas protestas contra las adversidades del destino, que un día los puso frente a frente para exterminarse como si fueran extranjeros en son de conquista, como si no fueran hermanos.

Nuestras principales riquezas naturales, la ganadería y la agricultura, no hubieran alcanzado su grandeza actual sin el gaucho, sin nuestro buen criollo, sin el siempre entusiasta patriota. El campo sin ellos hubiera sido como los grandes palacios señoriales sin reyes, como los amplios desiertos africanos sin beduinos ni camellos, como los templos sin fieles y sin sacerdotes.

El gaucho fué nuestra Patria, nuestra raza, nuestra propia vida.

« El gaucho fué — dice Zorrilla de San Martín — con los potros, y los toros y los avestruces, el habitador de nuestros campos ilimitados, sin más fruto que el espontáneo de esos ganados innumerables, ni más vivienda humana qne el rancho

aislado en el desierto. No es la raza lo que lo distingue: lo mismo es el hombre caucásico de barba negra, que el hijo engendrado por él en la mujer india, que compartió la soledad de su choza de tierra y paja».



La opinión del ilustrado historiador y poeta es en todo concordante con lo que debe entenderse por gaucho.

Adolfo P. Carranza, como otros autores, comparten también esa opinión, haciendo derivar principalmente a nuestra raza criolla del cruzamiento de los españoles con la población precolombiana.

«Los indígenas americanos — dice Carranza — son de la raza cobriza, y los conquistadores españoles, que pertenecen a la blanca, desde que arribaron y durante muchos años, como no venían más que de sexo masculino, debieron mezclarse, como lo hicieron, primero en las zonas en que el indígena guaraní y quichuá era manso y laborioso, que aceptó la dominación que se le impuso, y más adelante en las regiones que habitaban las

tribus nómades y hasta agresivas al invasor, que fueron combatidas en largas y tenaces campañas, hasta que cayeron vencidas por la inteligencia y el valor de los que dominarían tres siglos. Durante ciento cincuenta años se elabora paulatinamente el cruzamiento de las razas, y ya al asomar el siglo XVIII aparece el tipo del criollo, como resultado de las varias generaciones en que se ha refinado la mestización. Individualidad que se presenta con cualidades diversas de los españoles, a quienes no estima, ni del indio, a quien encuentra inferior. ¿Por qué se esquiva del español, que es su progenitor? Porque éste, a pesar de su unión con la india, la menosprecia y hasta es cruel con ella; proceder que el hijo ve y que infiltra en su alma lástima para la víctima y mala voluntad para el causante. Prevención que es contenida en la primera generación, pero que se revela y crece en las posteriores, porque ya son frutos de los mestizos, y que por consiguiente ha hecho desaparecer el vínculo con el conquistador, quien insiste en su malquerencia y elación para el que no fuese español».

El gaucho no tuvo sólo su origen en la Pampa desierta y llana de la Argentina — como vulgarmente se cree. Ya lo he consignado al principio: fué el hombre de campo de nuestro continente, del Nuevo Mundo. Habitó, sin diferenciarse mayormente, en otras provincias de la Argentina y en gran parte de lo que hoy forma nuestra República. Por lo tanto, al citar la opinión sobre el particular de varios escritores de allende el Plata, los cuales se ocupan preferentemente del gaucho de la Pampa, esas citas tienen lógica aplicación a nuestro gaucho, hermano material y espiritualmente de aquél, salvo detalles secundarios en su modo de vivir y de vestir.

«Ambas regiones — dice Ricardo Rojas — la quichuá y la guaraní, se ligan al núcleo gauchesco, porque éste proyecta su tipo a toda la periferia, hasta caracterizarse con los gauchos

de Güemes en Salta, con los gauchos de Quiroga en Cuyo, con los de Artigas en el Uruguay...».

Y refiriéndose al resultado de la amalgama entre la india indígena y el español conquistador, agrega:

«El núcleo blanco de nuestros orígenes coloniales fué tan pequeño, que a no ser su probada superioridad intelectual, hubiera desaparecido asimilado del todo por la numerosísima población precolombiana. Gracias a esa superioridad, al mestizamiento y a la plasticidad del indio, el blanco preponderó».

Algo por el estilo refiere Leguizamón cuando dice;

«Pero si el gaucho es el tipo más original y representativo que produjo la fusión étnica del conquistador con la mujer indígena. Es sabido que aquellos admirables aventureros de alma heroica y brutal no traían mujeres si no por excepción; que aquí las tomaban en los bosques como una presa, y que de esas uniones sin amor y con violencia nació una pobre y extraña flor del desierto, que creció libre y altanera con el riego de la sangre paterna, taciturna y llena de arcana melancolía como las enigmáticas pupilas de la madre indiana».

Daireaux se expresa con todo acierto al respecto diciendo:

«Siempre ha existido una zona disputada, entre el colono conquistador en el campo donde se establecía, y el indio arrojado por él; esta zona ha sido alejada por cada generación, su radio ha crecido pero ha sido siempre el terreno, el medio selvático, en que ha nacido, en que se ha desarrollado y multiplicado el gaucho, tomando de ellos los hábitos de vida que le son especiales, adquiriendo allí un carácter étnico acentuado por uniones híbridas. En efecto, en esta zona intermedia en que los primeros españoles o los árabes se establecieron encontraron o recogieron algunos indios dispuestos a someterse; con ellos vivieron, con sus mujeres se aliaron, creando así en un medio de transición, una raza transitoria, una clase social intermedia»:

Bartolomé Mitre, en su admirable obra «Historia de Belgrano» (tomo 1.°, págs. 26 y 53), sintetiza en este breve párrafo, su opinión al respecto:

«De este modo, — dice — la raza indígena sin extinguirse totalmente, si disminuía considerablemente, y su sangre mezclada



con la sangre europea, fecundaba una nueva raza destinada a ser la dominadora del país».

Mariano A. Pelliza, en su «Historia Argentina» (tomo 1.° págs. 96 y 97), da a conocer esta interesante opinión sobre el particular, que no me resisto a transcribir:

«En otras colonias y especialmente en Córdoba, Buenos Aires y pueblos del litoral del Plata, la misma energía indomable de los indios pampas en las llanuras occidentales, y charrúas en las colinas uruguayas, mantuvo divididos y en sus respectivos campos a los conquistadores y a los conquistados».

« Aquí la mezcla de la sangre fué imposible, manteniéndose correcto el ángulo facial del europeo, y, más especialmente, del español que predominaba en la masa popular. Las primeras generaciones nacidas en este suelo americano conservaron tradicionalmente el espíritu belicoso de los compañeros de Mendoza y de Juan de Garay, haciendo la guerra a los indios para mantener la conquista y preservar sus ganados de los malones del pampa sanguinario y valiente, que se volvía terrible desde el día que supo adiestrar los caballos salvajes para la guerra, porque fueron más rápidas sus jornadas y más desastrosos sus ataques ».

« De esta lucha surgió el gaucho jinete, gallardo y valeroso, conservando en medio de la rusticidad intelectual, la rectitud del carácter y la nobleza del corazón ».

Francisco Bauzá, el ilustrado autor e la « Historia de la Dominación Española en el Uruguay », trae sobre tan importante punto lo que va a leerse en seguida:

« Escasos de mujeres los españoles y portugueses que vagaban por nuestras campiñas, tomaron las suyas de entre los indios civilizados, por manera que la población de los campos conservó el sello de su primer abolengo, ya por los matrimonios de europeos con mujeres indígenas, ya por las uniones directas de indios e indias que producían el tipo puro de los primeros pobladores de la tierra. Como acontece con toda raza fuerte sometida al rigor de una vida activa, el acrecentamiento de los individuos fué necesariamente rápido y las familias se hicieron largas ».

Y agrega más adelante:

« De en medio de estos elementos tan diversos, fué que nació el gaucho. El gaucho venía a ser el resultado de todas las fusiones, y como el primer eslabón de la nueva y definitiva raza que había de ocupar el suelo. Todo indica desde el día de su

presentación en la escena social, que por su carácter, costumbres y afecciones, se creía verdaderamente dueño de la tierra ».

Y para reforzar más la tesis de que nuestro gaucho tuvo su principal origen en la fusión de la sangre del conquistador ibérico con la de la india de estos suelos, he aquí nuevas opiniones de ilustrados escritores:

« Él es la transformación lenta del europeo — ha escrito el doctor Crispo Acosta, — del español aislado en la campaña, que va extendiéndose paulatinamente alrededor de las poblaciones cada vez más lejos. Avanza con cautela porque tiene frente a sí a su primer enemigo, el indio; se ve obligado a defenderse contra él en las peores condiciones, en las que éste elige por más favorables para sus ataques inesperados, casi siempre nocturnos. Poco a poco estos dos adversarios mezclan su sangre. De la india esclava de hecho, en la casa del europeo, nace el criollo; pero la casta española predomina: los mestizos buscan preferentemente en sus amores a las españolas; los españoles cuando hay mestizas desechan las indias. Así lentamente se forma un tipo nuevo: es el gaucho que en algunos puntos, en Corrientes y Entre Ríos, tienen rasgos indígenas muy marcados, y en otros, en el Uruguay, apenas presenta indicios leves del indio primitivo ».

La nueva raza, como se ve, tiende a perfeccionarse desde los primeros tiempos que surge a la vida. Circunstancias del momento impelen al español a buscar a la india para hacerla su compañera fugaz, pero a medida que otros seres, fruto de esas uniones desiguales, llegan a ser adolescentes, los conquistadores contribuyen con improvisados contubernios y con legítimas uniones al mejoramiento de la nueva entidad social, que aparece pura al alborear el siglo XIX, la centuria de la independencia americana.

Mitre, en la obra ya citada, confirma mi aserto, diciendo:

« Los indígenas sometidos se amoldan a la vida civil de los conquistadores, formaban la masa de sus poblaciones, se asimilaban a ellos, sus mujeres constituían los nacientes hogares, y los hijos de este consorcio formaban una nueva y hermosa raza, en que prevalecía el tipo de la raza europea con todos sus instintos y toda su energía, bien que llevara en su seno los malos gérmenes de su doble origen. De este modo, los indígenas sugetos a servidumbre social y no a esclavitud, compartían con sus amos las ventajas y las penurias de la nueva vida civil, trabajando con ellos y para ellos, pero comiendo del mismo pan ».

El gaucho, pues, nunca fué esclavo de nadie, ni aún en los comienzos de formación de la nueva entidad social. Con el conquistador, que era su padre, compartía todas las rudezas de la vida, pero comía con él el mismo pan que ambos elaboraban.

Y por último, para completar esta serie de opiniones sobre el origen del gaucho, séame permitido reproducir los siguientes pintorescos versos de « El Viejo Calisto », quien escribió al respecto :

« Cuando Dios hizo de América
el paraíso del campo,
que tiene en nuestro terruño
ricas alfombras de pasto
tapizadas por do quier
de flores de todo el año
que la atmósfera saturan
con efluvios aromados,
buscó un digno morador
del paraíso, y al cabo
después de mucho escoger
lo eligió por tal al *gaucho*,
que fué dueño del desierto
desde que domó el caballo
con el que mostró su astucia
y su valor temerario ».

CAPÍTULO TERCERO

EL GAUCHO FÍSICAMENTE CONSIDERADO

CAPÍTULO III

EL GAUCHO FÍSICAMENTE CONSIDERADO. — EL HOMBRE DE CAMPO POR ENCIMA DEL HOMBRE DE LAS CIUDADES. — SUS ALIMENTOS. — LA TRINIDAD CULINARIA. — EL MATE Y SU LENGUAJE AMOROSO.

A igual que el Mesías Prometido, el gaucho abrió sus ojos en medio de un ambiente francamente pastoril. A su alumbramiento no concurrieron médicos ni comadronas; los consejos de la ciencia, sus auxilios, no fueron conocidos ni solicitados por sus progenitores. Un lecho de colchones no muy mullidos, muchas veces un montón de paja o de cueros, fué la cuna que lo recibió en su seno al hacer su aparición en este mundo. Nada, o casi nada se había preparado para recibirle. Unas prendas sencillas constituían todo su ajuar. Sus primeros sueños no se deslizaron entre cortinas y bordados, entre muebles confortables, entre comodidades artificiales.

Faltó todo eso, común en las alcobas de los hombres de las ciudades, pero, en cambio, por la pequeña ventana de su modesta alcoba sintió que entraba a raudales desde el primer día el oxígeno que falta en las zonas pobladas, aire embalsamado con la fragancia de las plantas indígenas; y cuando saludó su aparición en el mundo, con el mismo llanto con que llega el hijo del rico, sus pulmoncitos se inflaron ampliamente, dando a aquel tierno sér el primer alimento de la vida, el más confortable.

Después, cuando sus ojitos vivarachos pudieron ver, cuando las imágenes empezaron a grabarse en su retina y el cerebro empezó a acusar impresiones, no vió a su rededor palacios ni confort, pero supliendo a esos medios artificiales, la naturaleza le brindó cuanto de más hermoso posee: la campiña con sus verdes prados; los arroyuelos de agua mansa y cristalina entonando un himno al chocar con cada piedra que se opone en su carrera; el campo poblado de séres animados que vagan aquí y allá y en lo alto de las enramadas del bosque vió a las avecillas canoras bendiciendo a quienes le dieron la vida, a quienes les proporcionaban tan admirable espectáculo. Vió a la vida en toda su hermosa majestad.

«Nuestros grandes abuelos — escribe Varrón — tenían razón en colocar al hombre de los campos por encima del hombre de las ciudades... La naturaleza ha dado las campañas; es el arte que ha construído las ciudades».

Más tarde, cuando fué niño, en vez de dedicarse a esos juegos infantiles que deleitan a los chicos de las ciudades, empleando los medios que le rodeaban, los mismos que en su primitivo estado salvaje le ofrecía la naturaleza, buscó algo que lo distrajera y que, a la vez, lo preparara ya para el futuro. Desde su infancia, sin siquiera pensarlo, supo hermanar el placer a lo instructivo, a lo práctico.

«Los niños — dice Sarmiento — ejercitan sus fuerzas y se adiestran por placer en el manejo del lazo y de las boleadoras, con que molestan y persiguen sin descanso a las terneras y cabras; cuando son jinetes, esto sucede luego de aprender a caminar, sirven a caballo en algunos quehaceres; más tarde, y cuando ya son fuertes, recorren los campos cayendo y levantando, rodando a designio en las vizcacheras, salvando precipicios, y adiestrándose en el manejo del caballo; cuando la pubertad asoma, se consagran a domar potros salvajes y la

muerte es el castigo menor que les aguarda, si un momento les faltan las fuerzas o el coraje. Con la juventud primera viene la



completa independencia, y la desocupación. Aquí principia la vida pública, diré, del gaucho, puesto que su educación está ya terminada».

Y agrega más adelante:

«... es preciso ver estas caras cerradas de barba, estos semblantes graves y serios, como los de los árabes asiáticos, para juzgar del compasivo desdén que les inspira la vista del hombre sedentario de las ciudades, que puede haber leido muchos libros,

pero que no sabe aterrar un toro bravío y darle muerte, que no sabrá proveerse de caballo a campo abierto, a pie y sin auxilio de nadie, que nunca ha parado un tigre, recibiéndolo con el puñal en la mano y el poncho envuelto en la otra, para meterlo en la boca, mientras le traspasa el corazón y lo deja tendido a sus pies. Este hábito de triunfar de las resistencias, de mostrarse siempre superior a la naturaleza, de desafiarla y vencerla, desenvuelve prodigiosamente el sentimiento de la importancia individual y de la superioridad».

El escenario que se presentaba ante su vista era amplio, sin límites, infinito. Las barreras que existen en los lugares poblados no eran conocidas por él. Al recapacitar un día vió que el mundo le pertenecía. Y supo aprovechar los medios que él le brindaba.

«Se ha criado alrededor del rancho — escribe Groussac — entre las astas de los toros, ágil y fuerte como un centauro; teniendo como primeros juegos infantiles el manejo del lazo y de las boleadoras y la esgrima del cuchillo, que serán muy pronto sus únicos medios de existencia o defensa».



Más tarde, cuando el niño empezó a convertirse en hombre, sus condiciones físicas aumentaron en poder y en contextura, robusta y fuerte. Haciendo una vida al aire libre, sana y hasta metódica — esto último mecánicamente, obligado por las circunstancias — raras veces las enfermedades venían a comprometer su salud, con frecuencia puesta a todas las pruebas. El sol abrasador del estío, las ráfagas heladas del

invierno y las lluvias torrenciales de otoño no hacían mella en su organismo.

« El antiguo gaucho — dice Lucas Ayarragaray — oxigenaba bien su sangre, distendía su musculatura en ejercicios físico violentos y se alimentaba como los héroes de Homero, de abundante y fresca carne. Consecuencia fisiológica : era enérgico y ecuánime».

Gonfirma lo apuntado Leguizamón, cuando dice :

« En lo físico es ágil, de cuerpo flexible y nervioso ; la continua gimnasia a caballo le ha proporcionado una admirable destreza, su fina musculatura denuncia una prolongada ociosidad ».

« Era fuerte y hermoso — consigna Bunge — por su complexión física ; cetrino de piel, tostado por la intemperie ; mediano y poco erguido de estatura ; enjuto de rostro como un místico ; recio y sarmentoso de músculos, por los continuos y rudos ejercicios ; agudo en la mirada de sus ojos negros, habituados a sondar las perspectivas del desierto. Si sobre su corcel era como un centauro, a pie, por la misma costumbre de vivir de niño cabalgando a través de inconmensurables distancias, resultaba de figura un tanto deslucida, ligeramente agobiado de espaldas y combado de piernas. Por sus facciones correctas, sus sedosos cabellos y barbas, y, sobre, todo por la gracia emoliente de sus mujeres, recordaba al árabe trasplantado a las orillas del Betis ».

En su alimentación no eran parcos. La naturaleza les brindaba siempre y en todas partes los elementos para satisfacer sus apetitos. Pero tampoco, en general, ni eran sibaritas ni glotones. Su menú era casi siempre el mismo.

« La carbonada, el asado y el popular puchero — consigna Pelliza — todo de carne, formaban la trinidad culinaria y alimenticia bajo una u otra designación. La mazamorra y el locro

completaban su alimento, y el mate, o sea la infusión de hierba del Paraguay, era el tónico intermediario de sus comidas, o un simple *vicio* sin consecuencias, con que los paisanos pasaban entretenidos las horas que no dedicaban a sus ocupaciones».

Y agrega en otro capítulo:

«El gaucho baquero como el pastor de estancia no comía otra cosa que aquella carne (la de vacunos) asándola en las brasas sin ponerle siquiera sal. La bebida única en la vida normal era el agua. El mate y el cigarro completaban el consumo ordinario».

«Los utensilios de cocina que usaban no eran muchos ni variados; una caldera pequeña para calentar el agua del mate, y un asador de hierro para ensartar el matambre o costillar de vaca, a tan poco se reducía, y esto entre los menos, toda su modesta «batería» culinaria».

«El mate constituyó en todas las épocas, y lo sigue constituyendo en la actualidad, el complemento indispensable de la alimentación del gaucho».

«La apetecida infusión de la yerba, sin el agregado del azúcar — indispensable para «los puebleros» — era consumida a toda hora: por la madrugada, como desayuno; antes de cada comida como aperitivo y después de ellas como digestivo. En las fiestas, en los velorios de «angelitos» o de mayores, en cualquier reunión, el mate era y es cosa infaltable».

Mantegazza, en su conocida obra de viajes por América, consigna que el mate sirvió — a igual de las flores y de los colores — de lenguaje entre los enamorados. Aunque ese lenguaje lo conoció hace sólo medio siglo, es decir, después de nuestra independencia; me parece oportuno reproducirlo aquí, a lo menos como nota curiosa.

Ese lenguaje era el siguiente:

El mate amargo significa indiferencia.
El dulce, amistad.
El mate con toronjil, disgusto,
Con canela, ocupas mi pensamiento.
Con azúcar quemada, simpatía.
Con cáscara de naranja, ven a buscarme.
Con mellisa, la tristeza me aflije.
Con leche, estimación.
Con café, ofensa perdonada.



CAPÍTULO CUARTO

EL ALMA DEL GAUCHO

CAPÍTULO IV

EL ALMA DEL GAUCHO. — SU ESTUDIO. — LA LUCHA ENTRE EL PRESENTE Y EL FUTURO. — LA CIVILIZACIÓN Y LA BARBARIE. — NUESTRO GAUCHO NO FUÉ BÁRBARO. — SUS CREENCIAS RELIGIOSAS. — SUS SUPERSTICIONES. — « LA LUZ MALA ». — LA MUERTE Y EL SÍMBOLO DE LA CRUZ.

Intentar el estudio que me propongo llevar a cabo en este capítulo, es abordar un problema complejo, pues numerosos factores contribuyen a la formación de la personalidad e idiosincrasia del individuo; problema aún mayor cuando se trata — como en este caso — de un tipo que llegó a constituirse con rasgos y características especiales.

No se puede iniciar el estudio de la psicología del gaucho sin considerar, en primer término, el ambiente en que se ha formado su personalidad, sin entrar al análisis de la época en que ha vivido, en que ha actuado. El ser humano es un complejo de múltiples causas individuales y de numerosos factores sociales, pues al conservar cada individuo su personalidad propia se amalgaman a él las influencias del ambiente social en que actúa, poderoso influjo que determina en todas las asociaciones lo que llamamos « el carácter nacional ».

Por eso, el gaucho, en contacto continuo con la naturaleza, que le brindó vigorosa y con generosidad toda su riqueza y toda su salvaje vida, el gaucho aislado, luchó contra el indio,

su primer enemigo (también él hijo de otras épocas, que cayó al avasallador impulso de nuevas y encontradas energías). Y ese hombre, con su sólo esfuerzo, dia a día y en constante afán, debió satisfacer las exigencias propias de la vida, que aunque natural, primitiva y pobre, reclamaba sus imperiosas atenciones. Así se formó vigoroso de alma y de cuerpo.

Nació como nace el cachorro del jaguar; la naturaleza obró con la misma sabiduría; surgió a la luz de la vida y la vida y la luz les brindaron a raudales su vital influjo en la inmensidad de la agreste campiña, en la hermosa y alegre tierra uruguaya.

« La madre, india o mestiza, vástago fuerte de razas no menos poderosas en vigor y en lozanía, le trasmitió en su seno su misma fortaleza y lozanía ».

Apenas sus piecesitos pudieron sostener tan hermoso retoño de la vida y apenas sus ojos vieron la inmensidad y la belleza, ávido, con la misma avidez que da la nueva existencia, irguió su frente para ver más lejos, levantó su pecho que se henchía con el aire más puro y más saludable, y corrió gozoso entre las malezas, entre las alimañas, y en esa agreste vida siguió el correr del timorato apereá, del salvaje yaguaré; admiró la loca carrera del corcel y entre el follaje, en la espesura, escuchó con embeleso el canto de las más variadas aves y en la llanura los gritos de los animales libres, el clamor del pampero y todo ello contribuyó a forjar su alma y los sentimientos de su corazón. Niño aún vió las proezas de su padre, al domador, y mozo ya se encamina a la liza, llevando sus muslos de acero, sus dedos de hierro, esos muslos que desde su infancia se encorvaron en el cuerpo del caballo, empleados a guisa de garras para no ser volteado mientras en su lomo salvaba distancias.

Porque ha nacido y vivido en medio de la naturaleza, por eso mismo el gaucho es por idiosincrasia hombre de coraje;

por eso el gaucho fué observador, por eso era de temperamento ardiente y toda causa que abrazaba constituía su culto ; por eso era devoto del amor, de la libertad del terruño nativo.

—

El alma de nuestro gaucho era ingenua, si se quiere ; estaba dominada por esa ingenuidad que sólo sabe de sentimientos nobles, de obras buenas, de sinceridades, que ignora traiciones ; pero también era un alma altiva, de una altivez de hombre que no puede sufrir humillaciones, puesto que sabe no las merece.



Servicial, amigo sincero, hospitalario, honrado como el que más, no preguntó nunca al recién llegado quién era, de dónde venía, cuales eran sus bienes de fortuna. Ante él sólo había un semejante que reclamaba su ayuda y él no podía ni debía negársela.

Alma de niño, de una sola pieza, sin reconditeces donde pudieran germinar sentimientos malsanos, como todas las almas de los habitantes que no han sufrido la influencia de las culturas colectivas.

Alma inculta, seguía el rumbo que las circunstancias le imponían, que la suerte o la desgracia quisieran trazarle cuando llegaba

a la edad de poder discernir, ya libre de la tutela paterna, cuando se aprestaba a la lucha por la existencia.

Salvo las condiciones que ya he enunciado en mi breve preámbulo a este trabajo, que fueron — con raras excepciones — colectivas a toda la comunidad de los hombres de nuestra campiña, cada sujeto constituía un tipo especial, todos ellos digno de estudio y atención.

« El gaucho será un malhechor o un caudillo — dice Sarmiento — según el rumbo que las cosas tomen en el momento en que ha llegado hacerse notable ».

Muchos historiadores, trazando su esbozo, quizá sin reflexionar, sin comprenderla, han hecho falsos relatos de la ingenua y noble alma de nuestro gaucho.

Francisco Bauzá no fué, por cierto, uno de sus panegiristas puesto que en sus obras ha tratado al gaucho con verdadera e injusta rudeza, que estaban muy lejos de merecer quienes fueron la columna principal de nuestra nacionalidad. Para descubrir su psicología se habrá inspirado — sin duda alguna — en los trabajos de los historiadores de la época colonial, a quienes, merecía tan poca consideración nuestro gaucho como a Fr. Reginaldo de Lizárraga, por ejemplo, que en el último párrafo del tomo 1.° de su obra « Descripción Colonial », no titubeó en estampar estas despectivas líneas:

« De las costumbres de los nacidos de españoles e indias (que llamamos mestizos) o por otro nombre montañeses, no hay para gastar tiempo en ello ».

Como se vé, el buen fraile consideraba tiempo perdido el que tuviera que emplear en el estudio de nuestro hombre de la campaña. ¡ Que Dios le haya perdonado ese pecadillo ! . . .

J. M. Estrada dice:

« El gaucho era el resultado de un sistema de gobierno, sin estímulo para la agricultura ni para el comercio; sin escuelas

ni alicientes para la civilización rudimental de las ciudades, era lanzado a la vida pura de los campos en lucha abierta con el desierto y con la miseria. Allí se hacía bárbaro; ni en sus adolescencias acudía a la ciencia ni sus aflicciones hallaban templo ni hogar».

¡Bárbaro nuestro gaucho! ¡Pobre calumniado!... Si querer ser libre, ver a su patria sin las cadenas que la oprimían, no admitir el yugo de la esclavitud, dar lealmente la cara a la muerte en los momentos de peligro es ser bárbaro, nuestro gaucho lo fué tal. Pero ¿cuántos hijos de las ciudades podemos igualarnos a ellos en la profesión de esas virtudes?...

Daireaux es menos rudo al juzgarlo.

«Este hombre de los campos — dice en su obra «Vida y costumbres en el Plata» — este solitario de la Pampa, se ha formado a igual distancia de la civilización y de la barbarie, viviendo tan alejado de la ciudad como de la tribu, no conociendo ni a una ni a otra de estas organizaciones sociales, individualista en exceso, acostumbrado desde el primer día, desde hace tres siglos, al lucramiento y a la ociosidad lucrativa, no contando más que consigo mismo y con su habilidad para la caza del animal, en medio de los pastos, para procurarse elementos de existencia. Jamás ha conocido ni el valor ni el uso del dinero y si alguno cae en sus manos no se pondrá el sol sin que lo haya malgastado hasta el último céntimo, al impulso de su fantasía; todo le parece bueno con tal que no le quede un cobre, a todo el mundo convida, atraca al primero que llega: rehusar es ofenderle; poco le importa



después de un día de abundancia una semana de escasez: día de mucho víspera de nada ».

El gaucho, pues, — según Daireaux — ha moldeado su carácter « a igual distancia de la civilización y de la barbarie ». En consecuencia, vivió por mucho tiempo sin disfrutar de los progresos y de la cultura que podían comunicarle los hombres de las ciudades, pero también se libró así durante varias décadas de las contaminaciones, prejuicios sociales y conveniencias que son patrimonio de esas mismas personas educadas. Además, aunque por sus venas corriera sangre de indio, de éste sólo había heredado lo más bueno: la altivez, el coraje, la fiereza ruda de nuestros indígenas.

« Él no fué la civilización — exclama Zorrilla de San Martín — es cierto; pero jamás reconoceré como hombre de juicio en quien no vea en él otra cosa que la barbarie. ¡Oh, no! Nuestro gaucho no es el bárbaro, el destructor exótico; mucho menos el ilota, la carne para buitres. Él es nuestro hombre, el hombre nuevo, el germen de la nueva patria hispano-americana, que, si tiene un rasgo diferencial entre todas, es ese precisamente: el no haber tenido, por fundamento sociológico, ni el bárbaro ni el ciervo, si no el gaucho libre, la célula autótona de su democracia ingénita ».

Gritemos muy alto, para que todos nos oigan: nuestro gaucho no fué bárbaro; fué y quiso ser libre; modesto, pero altivo; patriota y abnegado; noble y sincero.

« No todo es áspero e instintivo en las pasiones que atormentaron el alma del hombre agreste — escribió Leguizamón. — Se le ha escarnecido sin conocerle; se ha condenado su acción violenta por la brusquedad del arranque y del ambiente belicoso y de ignorancia en que actuó, sin reparar que con ella se salva la causa de la independencia, y que por ella se llega a la organización civil »,

Si sus instintos hubieran sido los del bárbaro, la santa causa de nuestra independencia no lo hubiera contado como su principal factor. Él formó una clase social nueva, con caracteres propios (algunos defectuosos, pues la perfección moral no podía ser fruto de la influencia de su ambiente y de las propias imposiciones de su existencia), pero clase social que puede alternar, sin temor de ser mancillada, en el consorcio de las colectividades civilizadas.

«Criado en el desamparo, circuido de ignorancia y miseria, tuvo un rasgo que perfila y levanta su figura del olvido: el amor al rancho, a su prenda y al pago que confundía la noción imprecisa de la patria» — ha dicho Leguizamón.

«El gaucho — dice Daireaux, en su obra ya citada — no es una raza como en lejanos países se cree; es una clase social. Es inherente a una clase social a formarse, poco a poco, de una manera insensible, sobre todo en un medio nuevo, sin que nadie piense en notar los oscuros hechos entre los cuales se desarrolla. El gaucho no ha tenido historia hasta haberla él mismo escrito con su sangre; su apellido de conductor de ganados no ha sido de una clase hasta que esta clase haya demostrado, por actos numerosos esparcidos sobre un largo espacio de tiempo, su existencia y su vitalidad. Podrá haberse ignorado por largo tiempo su utilidad social, pero desde el primer día es incontestable. Si, por largo tiempo, ha escapado a la investigación, es porque los que hacían vida de pastores aparentaban los caracteres de una nueva raza, especie de injerto de la conquistadora sobre el tronco de la indígena, constituyendo una transición entre ambas».

La existencia del gaucho distaba mucho de deslizarse con las comodidades del hombre de la ciudad; era ruda, batalladora. La naturaleza se lo ofrecía todo, pero muchas veces tenía que luchar, hasta con peligro de su vida, para obtener los medios para su subsistencia.

« Su existencia es azarosa y dura, pero no propiamente triste, merced a su fácil resignación, a su innato y estoico fatalismo» — ha escrito Groussac.

Era el gaucho estoico para el dolor; resignado en sus desgracias. Admitía las cosas tal como se sucedían y de sus labios pocas veces se escapaban palabras para protestar contra los designios de la suerte. Estos versos, de puro sabor criollo, lo pintan acabadamente:

« Jamás mojan sus ojos
Ni las pestañas arqueadas,
Las lágrimas caldeadas
De sentimientos y enojos;
Cuando más, ígneos sonrojos
Retratan en su semblante
Si un sufrimiento gigante
Le asedia sin compasión;
Llora allá en su corazón
Y se repone al instante ».

O, como escribió Regules:

« soy el gaucho que no llora
pero que sabe sentir ».

Llora allá, en su corazón, donde el dolor se hace sentir con más intensidad; pero las lágrimas no mojan sus mejillas. Eso le parecía indigno de varón. El llanto para las mujeres y para los niños, parecía decir.

« Sin ninguna instrucción, — ha escrito el autor de « Facundo » — sin necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia como sin necesidades, es feliz en medio de su pobreza y de sus privaciones, que no son tales para el que nunca conoció mayores goces, ni extendió más alto sus deseos . . . ».

Y agrega después:

« El gaucho no trabaja; el alimento y el vestido lo encuentra preparado en su casa; uno y otro se lo proporcionan sus ganados, si es propietario; la casa del patrón o del pariente, si nada posee. Las atenciones que el ganado exige, se reducen a correrías y partidas de placer ».

La indolencia, pues, no era un vicio en él. El hombre actual trabaja porque sabe que si se entrega al ocio va a carecer de los más indispensables medios para su subsistencia. El gaucho no necesitaba trabajar para vivir; la naturaleza le brindaba sin usura los alimentos, casi todas las prendas para su traje y los materiales para construir su rústica vivienda.

Era altivo, me complace repetirlo, de una altivez innata en él, me atrevo a decir colectiva a toda su viril raza. Para él no existían otros ascendientes que los que daban el coraje, la nobleza de procederes, la lucha frente a frente.

« Tiene tal idea de la igualdad — dice Azara — que creo que aún cuando el Rey acordase el título de noble a algunos particulares, ninguno les considerarían tales. El mismo virrey no podría conseguir un lacayo o un cochero criollo.... »

Nuestro gaucho no habia nacido para vasallo. Fué por eso el primero en formar en las filas redentoras al santo grito de libertad.

El también tenía su religión, entendida a su manera, pero no por eso menos sincera y respetable.

« Nadie le inculcó principios religiosos — dice Daireax. — Es católico, papista según su expresión, pero por esto entiende el temor a un dios que solo su imaginación lo designa, el respeto a la cruz, a las iglesias, en general a los símbolos del catolicismo. Ante el peligro, con el pulgar y el índice hace la cruz, la besa, y confía su suerte a esta corta invocación o plegaria. Injuria es para él considerarle descendiente de indio; el indio no es cristiano y él es cristiano e hijo de cristiano, lo que para él significa civilizado ».

Y confirmando lo expuesto, he aquí lo que sobre este particular consigna Ricardo Rojas, en su completa y admirable obra «La Literatura Argentina», cuyo primer tomo lo ha dedicado por completo al estudio de «Lo gauchesco». Dice Rojas;

«Entre la difusa influencia de tales religiones se ha formado el sentimiento religioso del gaucho, que es monoteísta y cristiano; cree en la existencia del alma y en el poder de la oración; intuye como todo hombre en plena naturaleza, las fuerzas divinas que mueven el mundo; reverencia las tumbas y la señal de la cruz; acata la voz de la conciencia y el lazo moral de la palabra empeñada; y no habiendo tenido clérigos ni templos en el desierto de su vida aventurera, hizo de la Pampa infinita, que era su patria y su hogar, la basílica de inmensidad y de silencio, bajo cuya bóveda misteriosa, Dios le ofrecía en el oriente azul, ante el candelabro de oro de las constelaciones, la elevación eucarística de la luna...»

Y a este respecto, nada más hermoso que esta página de Sarmiento, que ilustra más que cuanto podría expresar yo sobre las prácticas religiosas de los buenos hombres de campo:

«Yo he presenciado una escena campestre digna de los tiempos primitivos del mundo anteriores a lo institución del sacerdocio. Hallábame en la tierra de San Luis, en casa de un estanciero cuyas dos operaciones favoritas eran rezar y jugar. Había edificado una capilla en la que los domingos por la tarde rezaba él mismo el rosario, para suplir al sacerdote, y el oficio divino de que por años habían carecido. Era aquel un cuadro homérico: el sol llegaba al ocaso, las majadas que volvían al redil hendían el aire con sus confusos balidos; el dueño de casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía noble, en que la raza europea pura se ostentaba por la blancura del cutis, los ojos azulados, la frente espaciosa y despejada, hacía coro, a que contestaba una docena de mujeres y

algunos mocetones, cuyos cabellos, no bien domados aún, estaban amarrados cerca de la puerta de la capilla. Concluído el rosario. hizo un fervoroso ofrecimiento. Jamás he oído voz más llena de unción, fervor más puro, fe más firme, ni oración más bella, más adecuada a las circunstancias que la que recitó. Pedía en ella a Dios lluvia para los campos, fecundidad para los ganados, paz para la República, seguridad para los caminantes... Yo soy muy propenso a llorar, y aquella vez lloré hasta sollozar, porque el sentimiento religioso se había despertado en mi alma con exaltación y con una sensación desconocida, porque nunca he visto escena más religiosa: creía estar en los tiempos de Abrahán, en su presencia, en la de Dios y la naturaleza que lo revela; la voz de aquel hombre, candorosa e inocente, me hacía vibrar todas las fibras, y me penetraba hasta la médula de los huesos».

No obstante sus creencias religiosas, el gaucho era supersticioso. El, que no titubeaba en luchar frente a frente con el tigre del desierto, al que casi siempre vencía sin más armas que sus rudos brazos y su facón; él que dominaba al potro enloquecido, que a cada segundo parecía «volearlo» y hacer crugir sus huesos contra el suelo; él que iba a diario a dominar la res salvaje, temblaba como un niño si al cruzar por la noche el campo solitario y silente veía serpentear un inocente fuego fatuo, última manifestación de la materia que una vez animó la vida...

«Su fe en lo sobrenatural — dice el doctor Zorrilla de San Martín — se transforma fácilmente en superstición: cree en *ánimas en pena*, en *duendes* y *aparecidos*, en *luces malas*, en el destino fatal; las supersticiones españolas, mezcladas a las indígenas, forman su símbolo de fe mitológica; la lechuza que canta a deshora, es claro que anuncia muerte; el séptimo hijo, en una serie de varones, es el *lobisón;* si la serie es de muje-

res, nace la *bruja*. Ese *lobisón* se transforma en chancho, en perro, en caballo, en carnero; pero sólo en ciertos días, los viernes generalmente, y al caer la tarde; la bruja es la misma de las consejas españolas: desdentada, con la nariz que todos le conocemos, con los ojillos penetrantes».

Uno y otra — agrego yo — eran mirados como seres diabólicos, hijos de Satán y de su corte infernal.

«Falto de iglesias — dice Bunge, — su misticismo se convertía en poéticas supersticiones de aparecidos y «luces malas». Dios y sus bienaventurados tenían para él una existencia abstracta y lejana; sólo el diablo — Mandinga, — el Malo o Juan sin ropa, asumía una realidad más concreta y asequible, mostrándose en formas varias a los mortales, para burlarlos, aterrorizarlos y perderlos».

En el amor, en la conquista de la compañera de su vida, en la formación del connubio que debía dar los hijos que heredaran sus bellas condiciones de alma, era tímido al principio, al iniciarlo, para convertir después el idilio en una pasión irresistible que no se detenía ante obstáculo alguno. En una aventura amorosa, el peligro de la vida era para él cosa secundaria, casi indigna de ser tomada en cuenta. Sin «ella» la vida no le servía para nada; constituía un estorbo.

«El hombre se une a la mujer por amor, sólo por amor — dice el autor de «Tabaré» — conquista su corazón con la ostentación de su destreza, de su valor, de su capacidad para grandes hazañas, en la guerra o en la carrera de caballos, en las *domas*, en los *rodeos*».

Tenia una especie de culto por la muerte. No la temía, pero la respetaba, como se respeta todo lo desconocido. Ante ella se descubría siempre en religiosa contemplación. Sin conocerlo cumplía con el precepto establecido en una de las virtudes teologales: el de enterrar a los muertos. Si alguno de sus ca-

maradas caía en pleno campo herido en lucha mortal, cara a cara, o si sucumbía por causas desconocidas, muchas veces allí mismo, en el suelo que lo recibió al caer, dábale cristiana sepultura para que el cadáver no fuera pasto de las fieras y las aves de rapiña. Después, sobre la fosa recién abierta, levantaba una rústica cruz, hecha casi siempre de dos ramas cortadas de exprofeso. Y al pasar ante el emblema de redención y de sacrificio, al contemplar sus dos brazos abiertos como impartiendo una eterna bendición, el rudo gaucho sofrenaba su caballo, se descubría con religioso respeto, la cabeza gacha, sus labios se movían musitando una oración aprendida en la niñez, pidiendo a quien muchas veces no llegaba a encarnar su imaginación, el descanso eterno del alma del «finao». Después reanudaba la interrumpida marcha con la satisfacción del deber cumplido.



No conocía el suicidio, puede decirse que lo repudiaba por considerarlo indigno del hombre.

«Y si por momentos las negras melancolías siembran la duda y el descontento en su corazón — escribe Lucas Ayarragaray,— la sirena del suicidio no entona ningún himno trágico a su oído... Se ve, se palpa que *la vida ha sido vivida*, sin que el ensueño y la quimera la hayan quebrantado o desviado».

«El gaucho se lanzará desesperado a buscar la muerte tran-

quilamente — ha dicho Leguizamón, — sin fluctuar con arranques dignos de una canción de gesta; pero por más negro y adverso que sea su destino no se desgarra las entrañas con su propio puñal, ni menos utilizará el lazo que le sirvió para lucir su destreza en las faenas camperas anudándoselo al cuello y ahorcándose como se ahorca a un perro apestado. Lo primero sería una flaqueza indigna del nombre de varón que lleva con el orgullo bravío que le ha enseñado a no retroceder ante ningún peligro; rechaza lo segundo un sentimiento inconcreto, pero latente en su ser hasta en la hora postrera y que podría traducirse por una inspiración de caer con un bello gesto, con el gesto hombruno de su casta, pintado admirablemente por Antonino Lamberti en su canto a Montaraz, cuando dice:

¡Cuanto más ancha es la herida
Más altivo queda el muerto ... »



Saboreando el infaltable « amargo ». (De la Fiesta del Criollo).

CAPÍTULO QUINTO

EL TRAJE Y LAS ARMAS DEL GAUCHO

CAPÍTULO V

EL TRAJE DEL GAUCHO. — SUS ARMAS Y ADMINÍCULOS DE TRABAJO. — ORIGEN DE LA «BOTA DE POTRO». — LA VIVIENDA DEL HOMBRE DE CAMPO: EL RANCHO DE PAJA Y TERRÓN — LA GUITARRA. — LOS BUENOS AMIGOS DEL GAUCHO.

En este capítulo trataré de hacer una descripción del traje del gaucho, de su vivienda y de sus adminículos de trabajo, de caza y de montar a caballo, pero no de ese gaucho que repetidas veces hemos visto encarnar a los actores de las compañías de dramas criollos: de chiripá bordado con cordoneé de seda de varios colores y fundas con largos flecos; adornado con cinto de monedas de oro y plata, sombrero de fieltro y botas granaderas. Nada de eso. Trataré de pintar, valiéndome para ello de opiniones autorizadas y de algunas mías propias, no el traje de lujo con los cuales algunos se disfrazan de gaucho en el teatro o en los días de carnaval, sino el modesto traje de nuestro gaucho primitivo, el mismo que vistió en sus correrías por los campos en época de paz y en sus campañas guerreras por la conquista de nuestra independencia. Una camisa no muy confortable, el chiripá que le cubría la cintura y los muslos, botas de vacuno o de potro con sus rodajas o «nazarenas», a veces un pañuelo ceñido en la frente, otro colgando del cuello, un «gacho» sujeto por un barbijo y un pedazo de cuero a guisa de cinturón, he aquí toda su vesti-

menta. Blanes lo pintó admirablemente en el cuadro que posee el señor Carlos Druillet.

«Los diarios ilustrados y hasta los dramas populares — escribe Groussac — han esparcido por el mundo su silueta pintoresca y su traje desaliñado, mitad cabila, mitad incásico; el sombrero blando aplastado en la larga cabellera negra; el pañuelo de seda, cuya punta cubre la boca del cuadrado poncho, — el cual es una simplificación del albornoz beduino; el *chiripá*, flotante como pantalón de zuavo, ceñido en la cintura por el ancho tirador de cuero escamado de pesos de plata, y cruzado por el largo *facón* para el trabajo y para la pelea; por fin los anchos calzoncillos bordados que caen sobre la bota de cuero de potro. Tal es el gaucho».



El gaucho tal como lo visten en el teatro.

Tal es el gaucho — me permito agregar — que surgió después de nuestras luchas por la independencia, cuando la acción extranjera se infiltró en las costumbres de los hombres de

nuestra campiña; cuando ya hubo «gauchos ricos», es decir, con medios como para permitirse esos lujos, para «empilcharse» con prendas modernas, que no eran las primitivamente usadas.

«Vestía el gaucho poncho de vicuña — ha dicho el doctor Bunge, — chiripá de paño negro y calzoncillo de hilo desflecado; tocábase con airosa chamberga, a lo mosquetero, y calzaba botas de potro, con pesadas espuelas nazarenas».

Nuestro gaucho, como lo ha pintado Blanes, no usaba primitivamente poncho alguno y cuando lo hacía, obligado por la inclemencia del tiempo, cubría su cuerpo con algo parecido· pero que no era en propiedad el de vicuña,

Y refiriéndose a la pintura que hace Bunge, ha consignado Leguizamón:

«La pintura evocatriz del tipo histórico nos resulta una viñeta del tipo convencional popularizado por los dramas del circo de lona. El poncho de vicuña pertenece a la indumentaria moderna; es prenda de lujo venida de las provincias del interior, donde se usó primitivamente el poncho basto de lana de oveja, de alpaca o vicuña, llamado *puhullo* o *puyo*».

Pelliza, Leguizamón y otros autores sostienen que el chiripá no fué usado por nuestros gauchos si no a fines del siglo XVIII o a principios del XIX. Afirman en sus escritos que antes, en vez de chiripá, usaron un calzón corto.

Malaspina describe el gaucho que vió en su viaje a estos países en la forma siguiente:

«Un caballo, un lazo, unas bolas, una carona, un lomillo, un pellón hecho de un pellejo de carnero, es todo su ajuar de campo. Una bota de medio pie, unas espuelas de latón del peso de dos o tres libras, que llaman nazarenas, un calzoncillo con fleco suelto, *calzón* de tripe azul o colorado, abierto hasta arriba de más de medio muslo, que deje lucir el calzoncillo, de cuyo cinto está preso el cuchillo flamenco; un armador, una

chaqueta, un sombrero redondo, de ala muy corta, y un poncho ordinario, es la gala del más galán de los « gauderios ».

« Los gauchos, por la naturaleza de sus faenas — consigna Pelliza — habían adopdo un traje más aparente para montar con facilidad, que consistía en un ancho calzoncillo de lienzo adornado de flecos y cribos, y un corto pantalón que no pasaba de la rodilla. La camisa burda y la chaqueta o zamarra de pañete, como el gorro, la montera o el sombrero de alas eran los mismos en la ciudad que en la campaña; la manta y el poncho se usaban igualmente en todas partes. Los dos sexos llevaban el cabello largo. El vistoso chiripá no se usó en los primeros tiempos, y puede asegurarse que como traje característico no figuró si no de 1780 en adelante ».



Gaucho del Siglo XVIII. — Agua fuerte de Renard

Como se ve, el ajuar, tanto de ropas interiores como exteriores, no era muy complejo. No se podía pedir nada más modesto, con mucho de primitivo. La camisa y el calzón, pri-

mero, y el chiripá, después, cubrían sus desnudeces y lo defendían contra las inclemencias del tiempo; las botas, a las que ceñían las espuelas largas rodajas o nazarenas, eran flexibles, abiertas en la parte delantera, permitiendo a los dedos del pie aferrarse a los estribos, cuando los usaban, o al cuerpo del caballo, las más de las veces, pues eran amigos de *montar en pelo.*

Don Isidoro De-María, en su interesante obra «Montevideo Antiguo», dice con respecto a la *bota de potro* lo que va a leerse a continuación:

«Hasta el año de 1785 había sido de uso común en el gauchaje de la campaña, *la bota de vaca y la de ternera,* para lo cual mataban a destajo vacas y terneros para sacarles la piel, que empleaban para hacer las tales botas, con gran perjuicio de los estancieros, que sufrían así la destrucción de sus ganados».

«La cosa pasaba de castaño oscuro, calculándose en más de seis mil anuales, el destrozo de animales en las haciendas».

«Para contener ese mal, resolvió el Cabildo, en Agosto de 1785, prohibir rigurosamente el uso de *bota de vaca o de ternera,* ordenando a los jueces comisionados en campaña, procediesen a la recogida, incontinentemente, de todas las botas de esa especie que hallasen, conduciéndolas a la ciudad para ser inutilizadas públicamente por el fuego, quedando absolutamente prohibida la matanza de animales vacunos con ese objeto».

«Es fama que en aquel tiempo trajeron grandes cargas de ese artículo a la ciudad, con cuyas pieles se hizo un *auto de fe,* quemándolas en extramuros, sin temor que los muchachos lo tomaran por fogatas de San Juan y de San Pedro, y armaron a su alrededor una de aquellas de saltos, brincos, gritos y vivas con que las festejaban»,

« El sahumerío, por cierto, no sería con olor a benjuí, sino a cuero quemado que apesta; pero la providencia del Cabildo se llevó a debido efecto, para contento de los estancieros damnificados, que a lo menos, por ese lado, se creían libres del *pato* que pagaban sus vacas a la *bota vacuna*, ya que no a los robos y otras *gangas* que sufrían los ganados con los *alarifes* que *matreriaban* en la campaña, « conduciéndolos continuamente a Río Pardo y a Río Grande, amén del saqueo de las casas, el robo de las mujeres, dejando a los sirvientes y esclavos maniatados a los postes, para que no estorbasen sus maldades ».

El gauchaje le buscó la vuelta a la prohibición de la *bota de vaca*, apelando *a la de potro*, que era la única permitida por el Cabildo, y que las yeguadas empezaron a hacer el gasto, como quien dice, para sacarles la piel para las tales botas, que al decir de los campesinos, bien sobadas, eran más suaves que las de *vaca*.

La *bota de potro*, pues, con su abertura en la punta para poder sacar los dedos y *orquetearlos* sobre el estribo de palo en que se afirmaba el jinete que la llevaba, reemplazó desde entonces, en el uso a *la bota de vaca y de ternera*, que no necesitaban de zapatero, viniendo así a generalizarse en el *criollaje* de lazo y bolas con manijas, que lo mismo se le sentaban con ella al *redomón*, que bailaban un *pericón*, si se ofrecía, con la china.

Y no digamos que su uso no pasó del siglo pasado. No. Que con la *bota de potro*, andando el tiempo, se *florearon* los soldados de la *patria vieja* en las campañas de la Independencia, con el *corbo* a la cintura y la *chuza* en ristre, por esas cuchillas de Dios, embromando a los enemigos ».

El lazo, las boleadoras y el cuchillo o facón, completaban junto con las prendas para montar a caballo la vestimenta del

gaucho, sirviendo los primeros para enlazar vacunos y caballos, pialar avestruces, y el tercero para desollar las reses destinadas al alimento, para cortar las ramas para los fogones, para «cuerear», para preparar sus «tientos» y para defender su vida contra los hombres que pudieran acometerle y contra las fieras que por aquel entonces poblaban los montes.

Con respecto al lazo y a las boleadoras, reproduzco aquí las descripciones que hace Granada en su «Diccionario ríoplatense razonado».

«*Lazo.* — Trenza formada de *tientos* de cuero vacuno, regularmente de tres ramales, de diez a quince brazas de largo, con una argolla de hierro o de bronce en uno de los extremos para formar lazo corredizo y enlazar animales. El otro extremo lo aseguran en el *recado* del caballo que monta el enlazador, particularmente si se trata de aprehender algún vacuno, a fin de que, una vez enlazado, lo sujete al caballo, ya preparado para esta faena».

«*Boleadoras.* — Instrumentos para aprehender animales. Consiste en dos o tres bolas de piedra u otra materia pesada *retobadas* y sugetas a otros tantos ramales de *guascas* torcidas o bien de trenzas formadas de *tientos* (tiritas de cuero). En el juego compuesto de tres bolas, dos de ellas son iguales, y de tamaño menor la tercera, que sirve de manija en el acto de voltear aquellas el jinete para darles vuelo y dirección. Se arrojan a las patas del animal que se quiere apresar, el que se enreda en las guascas. En el juego de dos bolas, la una que sirve de manija es menor que la otra, y, ambas, por lo regular, menos grandes y más livianas que las del juego de tres, así como más delgada y corta la trenza que las sujeta. El retobo, en lo que se emplea regularmente el garrón por su forma y consistencia, a la vez que sirve para afianzar la bola en la guasca evita que la piedra, hierro, etc. de que está formada, dañe al animal»,

Nuestros habitantes de la campaña habían tomado al indio las boleadoras y tanto se habían adiestrado en su uso que las manejaban mejor que aquél. Si bien es cierto que habían proporcionado al indio el caballo, habían aprendido a utilizarlo mejor que su enemigo, eran mejores jinetes, por lo menos, tan buenos como él A las boleadoras, como su antecesor, le agregaron un nuevo ramal, formando sus famosas « Tres Marías ». En cuanto al lazo, Leguizamón dice que, « con ser más reciente su aparición, no existe noticia, que conozcamos, de que fuera usado por los aborígenes. Su invención o perfeccionamiento pertenece al gaucho, pues tampoco se encuentra noticia de que fuera importado por el conquistador español que no lo usó ni se usa hoy en la madre patria ».

El apero y el arreador eran adminículos del jinete. Leguizamón lo describe así:

« *Apero*. — Conjunto de las piezas que constituyen el recado del gaucho; si tiene muchas prendas de plata se dice chapeado, y si es pobre *aperito cantor* ».

Refiriéndose a este último ha escrito Ascasubi:

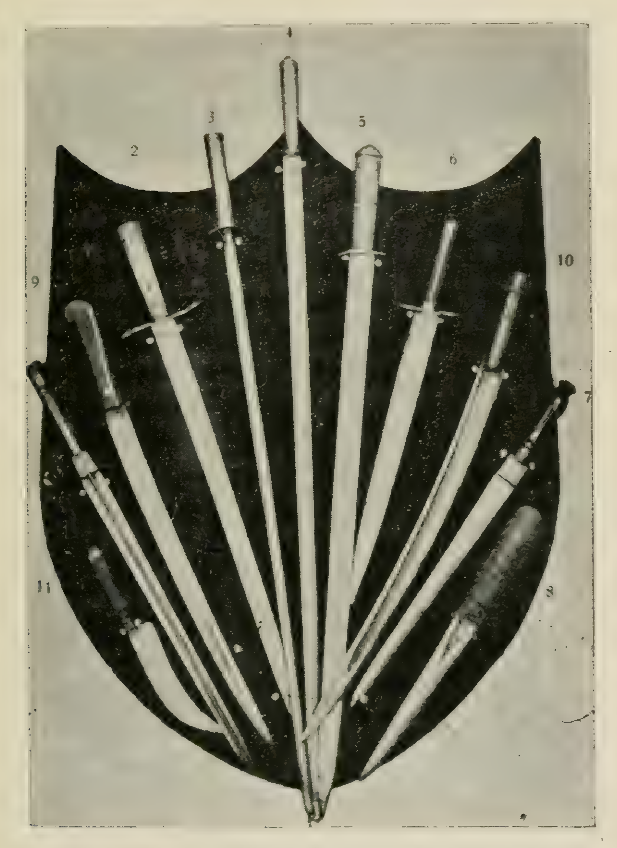
« Pues todos mis bienes son
Este cuchillo envenao
Y mi *aperito* cantor »

En cuanto al arreador hace la siguiente descripción:

« *Arreador*. — Látigo grande de cabo de madera pesada, generalmente de tala con una argolla en un extremo, de la que pende una larga azotera trenzada, que sirve para arrear a los animales ».

El gaucho, en su vida ordinaria, no usaba otra arma que su facón que, al correr del tiempo, fué suplantado por el cuchillo. Puede decirse que las armas de fuego, como la pistola, eran desconocidas por él hasta que las empleó en las luchas por la independencia.

« El gaucho no usaba espada — ha consignado el doctor Bunge. — Tampoco gastó nunca, a pesar de su señorío, casaca,



Dagas criollas 1 a 8; caroneros 9 y 10; corvo chileno 11.

(De la obra *El Gaucho*, de M. Leguizamón).

chupa, « calzón », zapatos de hebilla ni sombrero de tres picos. Tanto por su pobreza como por su género de vida, eterno

jinete, adoptó otra indumentaria. Y también otra arma: el *facón*. Merece éste una descripción exacta, para que se comprenda la naturaleza del duelo gauchesco. Según ejemplares del siglo XVIII que he tenido a la vista, era un término medio entre la espada y el cuchillo común, menos larga que aquélla y menos corto que éste. Su hoja, recta, ancha, con punta, filo y contrafilo, o bien sólo punta y filo, medía unas dos cuartas, y se hallaba unida a la empuñadura por los gavilanes en forma de «S», para proteger la mano. Muy frecuentemente era una verdadera espada toledana, acortada con la piedra de afilar, en cuyo manejo sobresalía el gaucho. Aunque se usaba como instrumento de trabajo y para partir la vianda, su construcción revela que fué ante todo arma de combate; esgrimiéndolo con destreza, el gaucho se defendía hasta del sable del soldado y de la lanza del indio».

Como dejo consignado más arriba, más tarde el cuchillo vino a reemplazar al facón, pues el uso de éste fué terminantemente prohibido por las autoridades, creyendo con ello evitar una vez por todas los duelos criollos:

Y a este respecto, nada mejor que reproducir lo que Sarmiento escribió en su «Facundo».

«El gaucho anda armado del cuchillo — dice — que ha heredado de los españoles; esta peculiaridad de la península, este grito característico de Zaragoza: ¡Guerra a cuchillo! es aquí más real que en España. El cuchillo, a más de una arma, es un instrumento que le sirve para todas las ocupaciones; no puede vivir sin él, es como la trompa del elefante, su brazo, su mano, su dedo, su todo».

El gaucho había hecho del uso del facón una verdadera práctica de esgrima. Era hábil y diestro en su manejo. Cuando peleaba contra otro que tenía fama de ser «una buena muñeca», lo hacía siempre, o casi siempre, sin intenciones de matar; buscaba

sólo herir, dejar constancia de su superioridad sobre su rival, abatirlo. Y si triunfaba era noble con el vencido. Cuando lo veía ya sin fuerzas, sangrando por sus heridas, con el rostro sudoroso, se retiraba a distancia, no se «abusaba» con el caido. Había triunfado; su amor propio estaba satisfecho; los improvisados padrinos — cuando los había — podían dar fe de que era superior a otros y eso le bastaba, lo satisfacía por completo. Si era necesario auxiliaba a su víctima y hasta se dió el caso, bastante frecuente, que después ambos rivales pasaran a ser íntimos amigos, excelentes camaradas.

Por último, para terminar esta breve reseña sobre el traje y armas del gaucho, debo consignar que raro era el que no llevase consigo una guitarra para acompañarse en sus cantos. Era para él su inseparable compañera, su mejor amigo, después del caballo, tanto en las horas de alegría como en las de tristezas.

En las payadas de contra - punto alrededor del fogón, en sus endechas dedicadas «a la prenda de sus pensamientos», en todas las fiestas en que él tomaba parte, la guitarra le era elemento indispensable.

A ella cantó el pöeta en la siguiente forma:

«La guitarra gemidora
De sus gélidas tristezas,
Interpreta las grandezas
De su alma soñadora;
Ella alivia, arrulladora,
Sus enéticos momentos
Compartiendo sus contentos
En su dulce diapasón,
Y aunque sangra el corazón
Ella cura los tormentos».

El gaucho aprendió a ejecutar en la guitarra en el período

de las Misiones, es decir, tan pronto surgió a la vida la nueva entidad social que él formó. Y allí no sólo se le enseñaba a pulsar sus cuerdas, si no, también, a confeccionar el instrumento tan en boga entre los españoles.

«Para las danzas — dice Rojas — usaron guitarras, cítaras,



Recordando tiempos idos. (De la Fiesta del Criollo).

bandola y bandurria, instrumentos que no sólo se enseñaba a tañer en las misiones, si no también a fabricarlos».

La habitación del gaucho era de lo más primitivo, pero tam-

bién, más sólida que algunos edificios de moderna construcción, a base de vigas de acero y de cemento armado.

Era de paja y terrón, o supliendo a este último elemento, ramas revocadas de barro.

Daniel Granada lo describe así:

« *Rancho.* — Habitación tosca, regularmente fuera de poblado, con paredes de barro mezclado con *bosta,* hecho de paja o de *totora* sostenido por horcones, y de piso natural. El *mojinete* o frontón mira a los vientos más fuertes predominantes en el punto en que se construye la vivienda, a fin de que no trabajen tanto las paredes costaneras ».

« La totora es una hierba alta, semejante a la espaldaña, estoposa y consistente, propia de los terrenos húmedos. Casi no hay bañado, esteral, laguna o cañada en el Río de la Plata, donde no aparezca la totora. Se encuentra entreverada con la paja brava, el junco y alguna otra hierba de igual consistencia ».

« Mojinete es el frontón o remate triangular de la pared principal o fachada del rancho ».

Alcides De María, el cantor de las cosas de nuestra tierra, de las hermosas tradiciones camperas, escribió en esta forma inspirada sobre la casa del gaucho:

« . . . y a imitación del *hornero,*
con madera, paja y barro
fabricó para su hogar
su casa rústica, el *rancho,*
que es la mansión donde habita
la poesía de los campos ».

Y allí en su rancho el gaucho vivía feliz, preparaba su nido de amor, formaba su familia, por lo regular bastante numerosa. No era cosa rara, cuando un extranjero llegaba a sus puertas al acostumbrado llamado de « Ave María Purísima », que se

presentasen hasta una docena de robustos « guríes », casi desnudos, siempre descalzos, pero respirando salud por todos los poros de su cuerpo.

« Vivo feliz en mi rancho
hecho de paja y terrón ».



Un cuarteto típico. (De la Fiesta del Criollo).

CAPÍTULO SEXTO

LAS DIVERSIONES CAMPERAS

CAPÍTULO VI

LAS DIVERSIONES CAMPERAS. — LA DOMA, LA HIERRA, LAS CARRERAS DE « PAREJEROS », LAS DE SORTIJA, LAS TRILLAS Y EL JUEGO DEL PATO. — LOS BAILES. — EL PERICÓN NACIONAL Y SUS « RELACIONES ».

En medio de su vida primitiva y casi nómade, el gaucho poseía algunos sentimientos de sociabilidad, de franco esparcimiento. No desperdiciaba motivo para hacer un paréntesis a su existencia ordinaria, para disfrutar de momentos de diversión.

Someramente, cual corresponde a la naturaleza de este trabajo, trataré de reseñar alguno de esos entretenimientos o diversiones a los cuales se entregaba el hombre de nuestra campiña.

La doma de caballos salvajes, de potros, puede considerarse una de ellas. El gaucho — puede decirse que casi todos ellos eran domadores, más o menos prácticos — experimentaba un verdadero placer en dominar a la bestia, en amansarla, en convertirla en su más útil elemento para sus recorridas por sierras, llanos y barrancos. Entre ellos había domadores de fama, de esos para los cuales no había potro redomón, ni arisco, ni indómito. Se le admiraba, atraía hacia sí las consideraciones de cuantos acudían a presenciar sus proezas, en las cuales se jugaba, muchas veces, su propia vida.

« La hierra, la « yerra » — como aún se sigue diciendo en el campo — constituía una de sus grandes fiestas, a las que no

dejaba de concurrir siempre que le era posible. La hierra — dice Sarmiento — es como la vendimia de los agricultores, es una fiesta cuya llegada se recibe con transporte de júbilo; allí es el punto de reunión de todos los hombres de veinte leguas a la redonda, allí la ostentación de la increíble destreza en el lazo.



El gaucho llega a la hierra al paso lento y mesurado de su mejor *parejero*, que detiene a distancia apartada; y para gozar mejor del espectáculo, cruza la pierna sobre el pescuezo del caballo. Si el entusiasmo lo anima, desciende del caballo, desarrolla su lazo y lo arroja sobre un toro que pasa con la velocidad de un rayo a cuarenta pasos de distancia; lo ha cogido

de una uña, que era lo que se proponía, y vuelve tranquilo a enrollar la *cuerda*».

La carrera de caballos era a otra de sus diversiones favoritas. Su realización constituía verdaderos acontecimientos, que congregaban en el lugar elegido para el caso, casi siempre un terreno adyacente a alguna *pulpería*, al paisanaje de un radio sumamente extenso, lugar al que concurrían en su mejor pingo, «empilchado» con los «aperos» de los días de fiesta.

«Las carreras —consigna Bunge—, en las cuales se cruzaban apuestas, lo eran de caballos «parejeros», así llamados porque corrían de a dos, por parejas. Cada gaucho tenía el suyo, al que cuidaba con especial atención, con cariño, casi con gratitud».

Lástima del caso era que muchas veces esa diversión, como en muchos de los juegos por interés, terminase en tragedia. El acuse de un mal juego, una sentencia calificada de parcial, una puesta con el «caballo del comisario», daban lugar, mucha veces, a disputas que degeneraban rápidamente en un duelo criollo, con las siguientes dolorosas consecuencias.

El «pulpero» era siempre, y lo sigue siendo, el que mayor parte sacaba de estas reuniones. El «diario» aumentaba en forma considerable, tentadora, en los días de carrera. «El pulpero ganaba siempre» que se presentaba un motivo extraordinario.

Terminadas las carreras se reunían en el interior del comercio o bajo las enramadas y allí pasaban muchas horas, «matando» el tiempo tocando la guitarra, jugando algún partido a los naipes, no faltando algunos diálogos de contrapunto y una que otra riña de gallos.

La carrera de sortijas se me antoja fué fiesta instituída cuando ya el gaucho abandonando el desierto, se hizo social. No voy a describirlas, puesto que son bien conocidas, hasta por muchos hombres de las ciudades. De un tiempo a esta parte

se han hecho populares entre nosotros, con el nombre de «carreras de cintas»; un remedo de las antiguas carreras de sortija, en las cuales los gauchos ponían de manifiesto su admirable destreza en la conducción de su caballo.

Cuando más adelante la agricultura fué extendiéndose, las trillas, esa fiesta en la que el hombre de labor recoge el fruto de sus fatigas y desvelos, constituyeron otros de sus puntos de atracción. Por regla general, como indispensable corolario de la cosecha terminada, se improvisaban interesantes reuniones, en las que las mozas y los mozos del lugar se entregaban a los placeres de la danza, de las corridas de sortija, etc., etc.



El Cielito. (Grabado de Pellegrini, 1841)

A las trillas iban también todas las «flores del pago», encargadas especialmente de hacer circular el «cimarrón» entre los encargados de la faena.

El gaucho, siempre que podía — repito — buscaba un lugar de franco esparcimiento.

«Cuando el gaucho no está a caballo, no hace nada — consigna el doctor Zorrilla de San Martín. Toma *mate* junto al fogón; hace sonar en la guitarra algunos *punteos* melancólicos con que acompaña sus *tristes* o *relaciones;* juega a la

taba, el dado primitivo, formado por una choquezuela de vaca, que da o quita la suerte, según caiga en un sentido o en otro» ».

Entre los juegos a que se dedicaban los gauchos en los días de fiesta figuraba uno llamado «del pato» y que consistía en lo siguiente:

Una vez que en la pulpería elegida de antemano se hallaban congregados varias decenas de paisanos, jinetes en su mejor «flete», los más famosos por su destreza en el manejo del cuchillo y que montaban en los más robustos caballos, solicitaban del pulpero la entrega de un pato, que muchas veces, a falta de éste, era suplido por un gallo u otra ave.

El animalito era metido dentro de una bolsa, o más bien dicho, dentro de un saco de piel de vacuno. Ese saco tenía cuatro manijas corredizas y eran las que constituían el objeto sobre el que se iba a poner de manifiesto la fuerza y destreza de los competidores. Una vez prontos éstos, en número de cuatro, agrupaban las ancas de sus caballos y cada uno de los jinetes tomaba con la mano derecha una de las manijas, mientras que con la izquierda bien alta para no apoyarla en el apero, llevaba las riendas. En esta forma el sumo de la fuerza residía sobre los estribos. Cada uno de los competidores tiraba — a una señal — con todas sus fuerzas hacia su dirección, picando con sus espuelas los ijares de sus caballos y lanzando gritos para estimular a los animales. Aquellos brazos se estiraban hasta lo imposible, «y cuando parecía que los tendones iban a estallar o a salirse el hombre del caballo, una mano se abria y soltaba la presa; luego una segunda y después de un nuevo esfuerzo un tercer brazo caía también y el pato quedaba en poder del vencedor».

La victoria era saludada con hurras y vivas, pero el triunfante no podía disfrutar de su victoria: debía aún defenderse en una nueva contienda, Una vez en poder del trofeo

emprendía loca carrera hacia el rancho más próximo. En su persecución salían otros jinetes con el objeto de alcanzarle y arrebatarle la presa. Si alguno de los perseguidores conseguía alcanzarle y tomarle una de las manijas que debían ir a la vista, tenía que luchar a la carrera y defenderse contra el nuevo rival y contra todos los que se fueran presentando. « Si el vencedor llegaba a la casa elegida como meta, sin perder el pato, y lo arrojaba al patio ya se declaraba victorioso, quedando establecido que tenía el brazo más potente y el caballo más veloz. La familia del rancho o el patrón de la pulpería donde se arrojaba el saco tenía el deber de quitar el ave muerta y poner otra en su lugar ».

El juego comenzaba de nuevo y no terminaba, por lo común, hasta entrada la noche, siendo cosa corriente que en cada fiesta se tuviera que lamentar más de un herido o contuso, a causa de rodadas o encuentros entre los jinetes.

Otro juego análogo al del pato era el llamado « de la bandera », pero de consecuencias más desastrosas, puesto que los jinetes, en su loca carrera, atravesaban los sembrados, destruyendo todo a su paso. Por tal causa hubo de ser prohibido por las autoridades.

El gaucho era también amigo de la danza, de la que tenía algunas propias. Entre esos bailes se destacaban « el pericón », el « malambo », el « gato », la « hueya », el « triunfo », la « firmeza », y el « cielito ». Todos ellos se bailaban al son de la guitarra y acompañados de cantos.

« El « pericón » — consigna el autor de « Recuerdos de la tierra » — el más lindo y airoso de los bailes criollos, semejante a la cuadrilla; consta de cuatro partes figuras llamadas: del manda o espejo, postrera o alegre, la cadena y el cielo. Se baila con seis u ocho parejas y la música de la guitarra es acompañada de canto. Cada pareja debe decir un verso o *re-*

lación y es donde el gaucho luce la agudeza picaresca de su ingenio para batir una galantería o un disparate gracioso (bolazo) a su compañera. El que lo dirige es generalmente un



« El Gato ». (Acuarela de 1860).

viejo llamado « bastonero » y es quien designa los bailarines ».

En el « malambo », baile para dos hombres, es donde el gaucho podía lucir mejor sus habilidades. « Es baile de desafío para mostrar la agilidad y flexibilidad del cuerpo ».

Ignoro si el « pericón » era ya bailado por nuestros gauchos en la época de la independencia. A cuantas fuentes he ocurrido en busca de un dato que me orientase hacia la fecha en que ese baile figuró entre los de los hombres de nuestra campiña, nada he encontrado al respecto; pero considerando al « pericón » como cosa propia del gaucho, es que voy a llenar algunas cuartillas sobre el particular. En esta danza, una de las partes que más se destacaba, una en la que el bailarín

ponía de manifiesto sus habilidades de poeta, era la de las *relaciones*.

Las que reproduzco aquí, pertenecen a Regules, y no por muy conocidas dejan de ser siempre interesantes.

Formada la «grandota» y encerrada dentro de ella una de las parejas, el paisano, después de pasarse la mano por la frente, echar bien atrás el chambergo y componerse dos o veces el pecho, espectaba a la campañera una cuarteta como ésta, más elocuente que una larga declaración de amor de pueblero:

« Como viven no sospecho,
Niña, los claveles rojos
Sobre el volcán de tu pecho,
Bajo el fuego de tus ojos ».

Y ella, coloreando sus mejillas con un carmín más subido que el de los claveles que tenían por santuario a su pecho, contestaba:

« Con el cariño e' mi pecho
Viven los claveles rojos,
Y lágrimas de mis ojos
Como rocío les echo ».

Y en estas cuartetas, fieles hermanas de aquellas del pasado, muchas veces el paisano ponia de manifiesto su admiración por el bello sexo, He aquí una muestra:

« Si Dios llega a conocer
el amor de una paisana,
se va a poner chiripá
pa ser cuñao de tu hermana »,

La contestación no se hacía esperar, casi siempre en consonancia con el « piropo » :

« Déjale a Dios en el cielo
que nos sirva de testigo,
mientras haya paisanitos
como el que baila conmigo ».

He aquí otras relaciones, no menos interesantes que las anteriores :

« Yo fuí matrero de ley
que naides me pudo hallar
y únicamente tus ojos
me llegaron a agarrar ».

« Si mis ojos han prendido
a un matrero tan pintor,
yo lo tendré bien seguro
en el cepo de mi amor ».

A veces el cambio de relaciones adquiría otro carácter, el puramente cómico o irónico, por las comparaciones en ellas encerradas.

He aquí dos tipos de esas relaciones :

« Hay tanto fuego en tu cara
que cada ojo es un fogón,
y cuando me encuentro cerca,
estoy como chicharrón ».

« Mis ojos no son tan fuertes
pa quemarte carne y cuero,
más que mis ojos, te queman
las bebidas del pulpero ».

« Hermosa vaquilloncita,
linda potranca divina,
pa este mancarrón macela
serás la yegua madrina ».

« Son floridas tus palabras
y muy buenas tus razones,
pero sabrás que he resuelto
no hacer caso a mancarrones ».

Podría objetarse — dada la época a que debo ceñirme para la confección de este trabajo — que tales « relaciones » fueron escritas en estos tiempos, pero he querido recurrir a ellas, antes que a otras, porque son fiel expresión — como todas las composiciones de Regules — de una de las modalidades de nuestros gauchos. Las relaciones son las mismas, salvo que las del autor de « Versos Criollos » llevan un sello más alto de inspiración, de ironía o de fina comicidad.

CAPÍTULO SÉPTIMO

CARACTERÍSTICAS ESPECIALES DEL GAUCHO

CAPÍTULO VII

CARACTERÍSTICAS ESPECIALES DEL GAUCHO. — EL BAQUIANO. — EL RASTREADOR. — EL GAUCHO MALO. — EL CANTOR. — LAS PAYADAS DE CONTRAPUNTO. — IRONÍAS QUE TERMINABAN EN DUELOS.

Entre el conglomerado de hombres que en el pasado habitaron nuestras campiñas, se destacaron varios tipos especiales; entre ellos el rastreador, el baquiano, el gaucho malo y el cantor fueron los que más sobresalieron, con caracteres propios, bien definidos.

Sobre las habilidades de nuestros gauchos, ha escrito el autor de «Facundo»:

«El más conspicuo de todos, el más extraordinario, es el *rastreador*. Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen o transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal y distinguirlas de entre mil; conocer si va despacio o ligero, suelto o tirado, cargado o de vacío. Esta es una ciencia casera y popular».

Y más abajo agrega:

«El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee, le da cierta dignidad reservada y miste-

riosa. Todos lo tratan con consideración; el pobre, porque puede hacerle mal, calumniándolo o denunciándolo; el propie-



«Rastreador Serrano», por Juan Peláez.

tario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche; no bien se nota, corren a buscar

una pisada del ladrón, y encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro, y lo sigue sin mirar si no de tarde en tarde al suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otro es imperceptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y señalando un hombre que encuentra, dice fríamente: «¡Este es!» El delito está probado, y raro es el delincuente que resiste a esta acusación. Para él, más que para el Juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma; negarla sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, a este testigo que considera como el dedo de Dios que lo señala».

El baquiano es otro de los hombres que se destacan entre la familia de los campos.

«Después del rastreador — dice Sarmiento — viene el *baquiano*, personaje eminente y que tiene en sus manos la suerte de los particulares de las provincias. El baquiano es un gaucho grave y reservado que conoce a palmo veinte mil leguas cuadradas de llanura, bosques y montañas. Es el topógrafo más completo; es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña. El baquiano va siempre a su lado. Modesto y reservado como una tapia; está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él».

«El baquiano — agrega — encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva: él sabe a qué aguada remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y adónde van. Él sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba o más abajo del paso ordinario, y esto en cien ríos o arroyos; él conoce en los ciénagos extensos un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien cié-

nagos distintos. En lo más oscuro de la noche, en medio de los bosques o en las llanuras sin límites, perdidos sus compa- ñeros, extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa



« El Baquiano », por Carlos Ripamonte.

os árboles; si no los hay, se desmonta, se inclina a tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla; monta en seguida: y les dice para asegurarlos: « Es-

tamos en dereseras de tal lugar, a tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al Sur », y se dirige hacia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo, y sin responder a las objeciones que el temor o la fascinación sugiere a los otros. Si aún esto no basta, o si se encuentra en la pampa y la oscuridad es impenetrable, entonces arranca pasto de varios puntos, huele la raíz y la tierra, las masca, y después de repetir este procedimiento varias veces, se cerciora de la proximidad de algún lago, o arroyo salado; o de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente ».

Estos tipos de nuestro gaucho han ido desapareciendo.

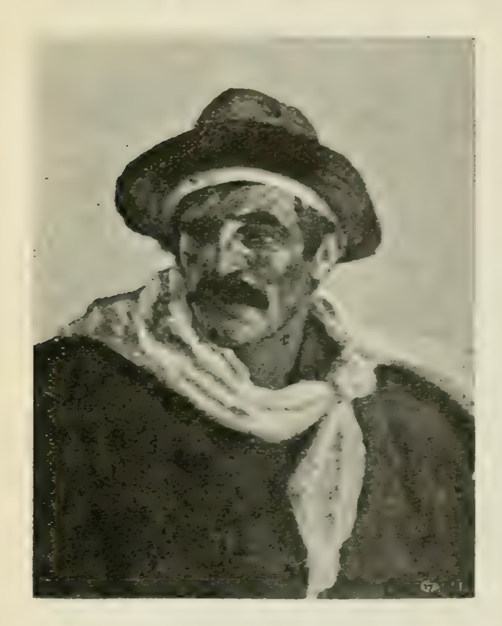
Ellos también han debido ceder su puesto a los avances de la civilización y del progreso. La división de las tierras, las múltiples vías de comunicación que se abren constantemente, el ferrocarril, el teléfono y el telégrafo lo han ido corriendo y reduciéndolos cada vez más.

« El arquetipo del extraordinario rumbeador ya no vive si no en la leyenda — ha dicho Leguizamón. Sus sombras y sus mentadas hazañas suelen avivar aún los lentos relatos en las veladas de los fogones campestres, confundiéndose con el mito del payador Santos Vega ».

El gaucho cantor. He aquí una de las características más salientes de algunos de los hombres de nuestra campiña. El es buscado para las fiestas; admirado por hombres y mujeres; indispensable elemento en toda reunión de alguna importancia.

« Aquí tenéis la idealización — exclama Sarmiento — de aquella vida de revueltas, de civilización, de barbarie y de peligros. El gaucho cantor es el mismo bardo, el vate, el trovador de la Edad Media, que se mueve en la misma escena, entre las luchas de las ciudades y el feudalismo de los campos, entre la vida que se va y la vida que se acerca. El cantor anda de pago en pago, de tapera en galpón, « cantando sus héroes de

la Pampa perseguidos por la justicia, los llantos de las viudas a quienes los indios robaron sus hijos en un malón reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch, la catástrofe de Facundo Quiroga y la suerte que cupo a Santos Pérez ». El cantor está haciendo candorosamente el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía, que el bardo de la Edad Media, y sus versos serían recogidos más tarde como los documentos y datos en que habría de apoyarse el historiador futuro, si a su lado no estuviese otra sociedad culta con superior inteligencia a la de los acontecimientos, que la que la infeliz despliega en sus rapsodias ingenuas ».



« El Gaucho », por Bermúdez.

« El cantor no tiene residencia fija — agrega; — su morada está donde la noche lo sorprende; su fortuna en sus versos y en su voz. Dondequiera que el *cielito* enreda sus parejas sin tasa, dondequiera que se apure una copa de vino, el cantor tiene su lugar preferente, su parte escogida en el festín ».

« Raro era el gaucho que no fuera guitarrero — consigna Leopoldo Lugones — y abundaban los cantores. El payador constituyó un tipo nacional. Respetado por doquier, agasajado con cariño y con orgullo de hacerlo así, vivía de su guitarra y de

sus versos; y el clavijero de aquélla, el manojo de favores, rosas y azules, recordaba — supremo bien — las muchachas que para obsequiarle habían desprendido las cintas de sus cabellos».

Y mientras el cantor, con su aire quejumbroso y monocorde, daba rienda suelta a su inspiración ingenua, también estaban a su lado los viejos gauchos, graves y meditabundos, evocando los tiempos idos, aquellos que no volverán, que los años han esfumado pero que vivirán hasta la muerte en su memoria.

«En la *pulpería* — ha escrto Groussac — el trovador agreste o *payador* improvisa sus antiguas melopeas, en el metro cantante de los antiguos romances castellanos. Se hace rueda a su alrededor, hombres y mujeres, sentados en cuclillas, con el cigarro en los labios, escuchan atentamente las tonadas y relaciones, heroicas y sentimentales, casi siempre tristes, en que se habla de guerras lejanas, de miserias y de amores interrumpidos por el olvido o la traición. Y las «chinas» jóvenes, con sus trenzas flotantes a la espalda, alzan sus ojos de azabache, de pestañas largas y pesados párpados, hacia el cantor que han elegido»...

«Nuestros campesinos — ha escrito Rojas — fieles a su iniciación trovadoresca y al buen principio estético, recitan por lo común sus coplas al son de instrumentos musicales: su canto es siempre una vaga melopea gregoriana, y su acompañamiento una precisa percusión, o un punteo de las cuerdas, para marcar el ritmo de la tonada».

Regules pinta admirablemente al cantor en estas inspiradas décimas:

«Soy el risueño cantor
que a la música escuchando,
voy con sonrisas cantando
lo más lindo y lo mejor.
Soy también el payador

del lastimero cielito,
que al compás de un estilito,
en horas negras, sin calma,
saca una pena del alma
y la tira al infinito ».

« Trovador de abolengo — consigna Bunge — habíase traído de Andalucía la guitarra, confidente de sus amores y estímulo de sus donaires. Sentado sobre un cráneo de potro o de vaca, bajo el alero del rancho, o bien sobre las salientes raíces de un ombú, tañía las armónicas cuerdas para acompañar sus canciones dolientes o chispeantes, a cuyo ritmo bailaban los jóvenes. De este modo se unían en una sola manifestación, como en las culturas primitivas, las tres artes: danza, música y poesía ».

Y el « payador » era inagotable en sus improvisaciones, que brotaban a raudales de su mente creadora. Y como hace decir José Hernández a Martín Fierro:

« Yo no soy cantor letrao,
Mas si me pongo a cantar
No tengo cuando acabar
Y me envejezco cantando:
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial ».

Las payadas de contrapunto constituían grandes torneos poéticos que atraían la atención de todos los presentes. Groussac, repetidas veces citado en este trabajo, hace de ellas la siguiente descripción:

« Muchas veces, incitados por el amor o el orgullo, dos payadores jóvenes se desafían y abren un torneo de poesía: con la guitarra terciada en la rodilla, se dan a improvisar alternativamente en el silencio general. El certamen, que se llama *pa-*

yada de contrapunto, comienza bien; pero suele concluir trágicamente. La alusión irónica y el sarcasmo agresivo pronto se deslizan en la cantinela. El que se mira perdido en el juego del consonante procura el desquite en forma menos inocente. Por entre las formas dialectales y la metáfora sacada de la vida rústica, el eterno alardear del guapo pendenciero se abre paso:

Alguien se la echa de guapo
y en lo fiero se echa atrás,
es poncho de poco trapo:
purito fleco no más.

Y el adversario replica, en el mismo estilo, con la consiguiente o parecida flor:

Naides con la vaina sola
al buen gaucho ha de correr:
lacito de tanta armada
no ha de voltear la res.

« Compréndese como, una vez tomado este giro, no se prolongue mucho la justa poética »,

Otro de los tipos dignos de especial mención, que se destaca con relieves propios entre los hombres de campo, es el « gaucho malo ». En la mayoria de los casos no es tal, si no una víctima de la fatalidad, un sugeto a quien las veleidades del destino lo hicieron seguir sendas prohibidas por las leyes o por la sociedad.

« *El gaucho malo* — dice Sarmiento — es un tipo de ciertas localidades, un cutlaw, un *squatter*, un misántropo particular. Es el *Ojo de Halcón*, el *Trampero* de Cooper, con toda ciencia del desierto, con toda su adversión a las poblaciones de los blancos; pero sin su moral natural y sin sus conexiones con

los salvajes. Llámanle el Gaucho Malo, sin que su epíteto le desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odios y casi con respeto. Es un personaje misterioso; son su albergue los cardales — el monte de nuestro país; — vive de perdices y mulitas; si alguna vez quiere regalarse con una lengua,



enlaza una vaca, la voltea solo, la mata, saca su bocado predilecto, y abandona lo demás a las aves mortecinas. De repente se presenta el Gaucho Malo en un pago de donde la partida acaba de salir; conversa pacíficamente con los buenos gauchos, que lo rodean y que lo admiran; se provee de los *vicios*, y si divisa la partida, monta tranquilamente en su caballo, y lo apunta hacia el desierto, sin prisa, sin aparato, desdeñando volver

la cabeza. La partida rara vez lo sigue; mataría inútilmente sus caballos, porque el que monta el Gaucho Malo es un *pangaré* tan célebre como su amo. Si el acaso lo echa alguna vez de improviso entre las garras de la justicia, acomete lo más espeso de la partida, y merced a cuatro tajadas que con su cuchillo ha abierto en la cara o en el cuerpo de los soldados, se hace paso por entre ellos, y, tendiéndose sobre el lomo del caballo para substraerse a la acción de las balas que lo persiguen, endilga hacia el desierto hasta que, poniendo espacio conveniente entre él y sus perseguidores, refrena su trotón y marcha tranquilamente. Los poetas de los alrededores agregan esta nueva hazaña a la biografía del héroe y su nombradía vuela por toda la vasta campaña».

«El osado prófugo — agrega Sarmiento — que acomete una partida entera, es inofensivo para con los viajeros. El Gaucho Malo no es un bandido, no es un salteador; el ataque a la vida no entra en su idea, como el robo no entra en la idea del «Churriador»; roba, es cierto, pero esta es su profesión, su tráfico, su ciencia. Roba caballos».

El curandero era otro de los tipos característicos de nuestra campaña, tipo no desaparecido aún totalmente, por desgracia, como las improvisadas comadronas. El uno y la otra debieran ya haber desaparecido por completo, para bien de la salud y de la vida de sus ignorantes clientes. El curandero es, por lo general, un gaucho anciano, imposibilitado ya para cualquier otra ocupación; es algo así como un ser superior, como un predestinado por la providencia para curar los males que afligen a la humanidad. Faltos de todos los recursos que la ciencia pone a mano de los hombres de las ciudades, los gauchos recurren al curandero siempre que un mal grave compromete su salud, o cuando sufren alguna dolencia atribuída al popular «mal de ojos» o a cualquier brujería,

El curandero es una especie de médico, un «sanalotodo», a la vez que un brujo, dado que él es también el indicado para «correr al diablo», cuando el paciente o algún miembro de su familia asegura que Satán se ha metido en el cuerpo de un mortal.

Unos yuyos — que dice él solo conoce, — un poco de agua, muchas veces de dudosa limpieza, que el enfermo ingiere, para su desgracia, y unas oraciones por él aprendidas o por él inventadas, constituyen todo su recetario, todo su plan terapéutico, toda su farmacopea.

Y si el enfermo sucumbe, no es porque sus prodigiosas recetas fallen, si no porque «así estaba de Dios», porque al «finao» le había llegado su día, su «San Benito».

No cobra honorarios, al menos en dinero, pero acepta todos los obsequios que desean hacerle sus clientes; y con esos obsequios tiene lo suficiente para vivir...

CAPÍTULO OCTAVO

EL GAUCHO EN LAS LUCHAS POR LA INDEPENDENCIA

CAPÍTULO VIII

EL GAUCHO Y SU PARTICIPACIÓN EN LAS LUCHAS POR LA INDEPENDENCIA. — SUS PRIMERAS INTERVENCIONES. — RODEAN A ARTIGAS Y LO PROCLAMAN SU JEFE. — EL ÉXODO DEL PUEBLO ORIENTAL. — EL GAUCHO, MILITAR VALIENTE Y ABNEGADO.

Tenemos que saldar una deuda de gratitud para con nuestros gauchos. A ellos le debemos — como ya dejo consignado en uno de los capítulos anteriores — nuestra independencia; sin ellos no hubiéramos tenido Patria. América toda debe a ellos su libertad. El gaucho fué el mismo en las huestes libertadoras, llámase el «blandengue» de Artigas; el «granadero» de San Martín; el «llanero» de Colombia; o el «gaucho» de Güemes.

El sentimiento patrio era innato en nuestro gaucho, formaba parte integrante e indivisible de su alma. Ese sentimiento patrio, «sin el cual no hay corazón de hombre que sea más que un vil saco de polvo» — como ha dicho Rodó — era su afecto más caro, más acendrado. Con su sangre valiente y generosa, impulsada siempre por un corazón tan noble como altruista, regó nuestros campos, la derramó sin usura, sin otro ideal que el que lo inflamaba un santo amor de librar el suelo patrio del yugo extranjero.

El gaucho formó de inmediato en las tropas patricias al primer toque de llamada, abandonando todo, hogar, familia, todas las comodidades que lo hacían feliz.

Muchos de nuestros grandes próceres fueron gauchos, a los que sólo diferenciaban de la masa popular, del grueso del ejército, sus relevantes condiciones de inteligencia.

« El General Rivera — dice Sarmiento — de la Banda Oriental, — es un simple baquiano que conoce cada árbol que hay en toda la extensión de la República del Uruguay. Oribe — agrega — sucumbió después de tres años de lucha con el general baquiano, y todo el poder de Buenos Aires, hoy con sus numerosos ejércitos que cubren toda la campaña del Uruguay, pueden desaparecer destruídos a pedazos, por una sorpresa, por una fuerza cortada mañana, por una victoria que él sabrá convertir en su provecho, por el conocimiento de algún caminito que cae a retaguardia del enemigo, o por otro accidente inadvertido o insignificante ».

Refiriéndose a Rivera ha dicho Rodó: « gaucho en el campo y patricio en la ciudad; astuto como un zorro y bravo como un león; conocedor del terreno del país sin que se le olvidase cerro ni cañada. Caudillo de los grandes — agrega, — es decir, de los primitivos, de aquellos de los tiempos genésicos en que ardía, como en el antro de los cíclopes, el fuego con que se forjan naciones, y en que las fronteras se movían sobre el suelo de América a modo de murallas desquiciadas ».

« El gaucho no es la vida actual del Río de la Plata — consigna el doctor Crispo Acosta —, pero es toda la historia hasta ayer: es la colonia, es la guerra de la independencia, es la guerra civil. Él dió a nuestra tierra toda su sangre a cambio de una visión radiosa de bandera: fué patriota y partidario con la fe profunda de las virtudes ingenuas y varoniles hasta el sacrificio ».

Entre las multitudes que formaban los indios, los negros y los gauchos, estos últimos fueron los indicados desde los primeros momentos, por sus relevantes condiciones, para formar el núcleo principal de las huestes patricias.

« El gaucho era de a caballo, honrado y valiente — dice Pelliza. — Él era, pues, el pastor, el agricultor y más tarde el soldado, cuando preciso fué defender las fronteras de las invasiones portuguesas, que comenzaron por la fundación de la Colonia del Sacramento en la ribera izquierda del Río de la Plata ».

El anhelo de la libertad del terruño en que había abierto



Entrando al monte. (De la Fiesta del Criollo).

sus ojos, en que habían aprendido a amar la naturaleza y a no admitir tutelas era lo — repito – innato en ellos.

« El gaucho — dice Mitre en su « Historia de San Martín » — especie de cosaco y árabe modificado por el clima, y poseído

del mismo fatalismo del uno y fortaleza del otro, dió su tipo a la caballería revolucionaria que debía llevar su gran carga a fondo desde el Plata hasta el Chimborazo».

«Hay que admirarse — ha dicho un historiador argentino — de que en medio de un desorden tan complicado hayan sido precisamente las masas incultas de la campaña, las que trajeron al tremendo debate de las armas los problemas más adelantados y fecundos de la política constitucional; y que del seno de un verdadero caos sean ellas las que hayan levantado los principios de la reorganización definitiva da la patria, con una sagacidad de miras, con una precisión de formas y con tal tecnicismo, que no tiene ejemplo parecido en la historia de ningún otro pueblo civilizado, sin que deba exceptuarse a los mismos Estados Unidos de Norte América...»

«La guerra de la independencia — consigna Adolfo P. Carranza — es la lucha de los elementos de la nueva raza, contra las representativas de la europea; lucha en que aquélla aparece como defensora del indígena, aún cuando no lo llama a la causa común, ni él a su vez participa de la acción, y es espectador indiferente, aunque comprendiese de qué lado estaba su conveniencia».

Hablando del gaucho ha dicho «Leguizamón, que él nació luchó y se extinguió en la soledad inconmesurable del desierto, curtido por la desgracia, pero que amó con férvido cariño el suelo en que sus ojos se abrieron a la primera luz — en que compendiaba la vaga noción de patria — y cuando se le habló de libertarla fué soldado indómito de las patrias caballerías, para jalonar con sus huesos la inmensa trayectoria de la extensión recorrida».

Eran nuestros gauchos valientes, altivos, incansables. Entraban a la pelea con un entusiasmo tan sólo comparable al de los antiguos guerreros, a aquellos que nunca discutían los mó-

viles que impulsaban a sus jefes al pedirles el sacrificio de su bienestar y de sus vidas.

« Su intervención en las luchas por la independencia — ha dicho el doctor Pablo Blanco Acevedo — en las cuales formaron sus falanges y sus ejércitos, demostraron hasta la evidencia su temperamento indómito y valiente, además de la lealtad y franqueza de sus procederes ».

El ideal que defendían era de los más santos y respetables; así lo comprendieron siempre y por ello jamás escatimaron esfuerzo para alcanzarlo definitivamente. « Es que — como consigna Pelliza — un pueblo que sabe defender sus hogares y expulsar a sus enemigos, adquiere la confianza de si mismo y se impone a los extraños con la manifestación de su fuerza, o con la seguridad de que preferirá siempre la muerte a la esclavitud ».

« La raza criolla de la América del Sud — agrega Mitre en su « Historia de San Martín », ya citada —, elástica, asimilable y asimiladora, era un vástago robusto del tronco de la raza civilizadora índico-europea a que está reservado el gobierno del mundo. Nuevo eslabón agregado a la cadena etnológica, con su originalidad, sus tendencias nativas y su resorte moral propio, es una raza superior y progresiva a la que ha tocado desempeñar una misión en el gobierno humano en el hecho de completar la democratización del continente americano y fundar un orden de cosas nuevo destinado a vivir y a progresar. Ellos inventaron la independencia Sud-americana y fundaron la república por sí solos y solos, la hicieron triunfar, imprimiendo a las nuevas nacionalidades que de ellas surgieron su carácter típico. Por eso la revolución fué genuinamente criolla. Cuando estalló en 1810, con sorpresa y admiración del mundo, se dijo que la América del Sud sería inglesa o francesa, y después de su triunfo presagióse que seria indigena y bárbara. Por la obra y la voluntad de los criollos, fué americana, republicana y civilizada ».

En su nota aceptación, como miembro de la Comisión de Monumento al Gaucho, el doctor Elías Regules habla del gaucho en los siguientes términos:

« Sintió con alma de caballero la pasión regional, y la sirvió con brazo de varón; su digna altivez de ciudadano lo arrastró al esfuerzo de procurar la Independencia, y aplicó a ese propósito todo el vigor de una mente rústica, pero vibradora, y su indomable perseverancia, mantenida por su grandeza de hombre físico y afectivo, nos deja de herencia la autonomía nacional que hoy constituye nuestro más hondo regocijo de orientales ».

Fué siempre el gaucho respetuoso con sus jefes, pero sin llegar nunca a constituirse en su esclavo. Reconocía en ellos una superioridad sobre su persona, pero nunca, tampoco, creyó de su deber llegar hasta el servilismo o el vasallaje.

« La figura del gaucho — consigna Ricardo Rojas — se presenta por la primera vez en 1776, cuando la guerra contra los portugueses; vuelve nuevamente a reaparecer luchando contra el inglés en 1807, cuando Buenos Aires lo convocó para su defensa; definido ya en sus rasgos literarios e históricos, reaparece en 1810, cantando los *cielitos* de la libertad y concluye por fin aquella gesta, platicando memorias y conduelos en los populares « Diálogos » de Hidalgo ».

Ratificando lo que dejo consignado en párrafos anteriores, ha escrito Daireaux:

« El gaucho ha tenido sus historiadores desde el momento en que tuvo su historia, desde el día en que escogió jefes. Viviendo solo, sin reconocer el vínculo de la tribu, se ha afiliado exclusivamente a un jefe, se ha aficionado al caudillo, dividiéndose bajo sus órdenes por regiones, aceptando una suerte de cohesión geográfica en la que defendía una autonomía ideal; no admitía el ser alistado si no por su voluntad y bajo un jefe

de su elección, si no, la deserción era para él el más santo de los deberes. Si con resolución seguía su suerte, sus instintos de fiera, su sobriedad, su resistencia a la fatiga, su reconocimiento del menor detalle del terreno, hacían de él para la guerra de la llanura un soldado incomparable ».

Fué la carne de cañón « que alfombra el sendero triunfal de



¡ No volverá ! . . .

(Cuadro de Donati, existente en nuestro Museo de Bellas Artes).

los patriotas. Fiel a la madre patria, la defiende contra las invasiones portuguesas; forma en las legiones que van a Buenos Aires a reconquistar la ciudad perdida y oprimida por los ingleses. Más tarde, cuando nuevas tropas extranjeras atacan a Montevideo, lucha valientemente y sólo resuelve capitular cuando sus fuerzas son rendidas por la superioridad de las

del enemigo. El 28 de Febrero de 1811 dos gauchos, Pedro Viera y Venancio Benavides, con 100 hombres solamente, respondiendo todos a la santa causa que defendía Artigas — el primero y el jefe de todos los gauchos uruguayos — se congregan en las orillas del Arroyo Asencio y allí por vez primera en esta tierra de bendición, resuena entusiasta y valeroso el grito de libertad, grito que años después vuelve a resonar en las agrestes arenas de la Agraciada.



Las armas de que disponen para defender tan magnífico ideal son, en gran parte, primitivas, simples lanzas, pero los brazos que las empuñan se hallan impulsados por corazones nobles y generosos, ávidos de lucha, de independencia. En ese mismo día el Cabildo español de Mercedes capitula, entregando a los patriotas la plaza. «Las autoridades españolas son depuestas y substituídas por la primera americana independiente que se forma en tierra oriental, la primera impuesta por las armas que se constituye en el Río de la Plata».

El 25 de Abril siguiente, don Manuel Artigas, cumpliendo órdenes del Jefe de los Orientales, su primo, marcha con sus gauchos a ocupar San José «Don Manuel va a buscar allí, su doble victoria: el triunfo y la muerte». La conquista de ese pueblo, gran cantidad de material de guerra — dos piezas de artillería entre él — fueron el fruto de esa lucha y de esa victoria, que resonó con entusiasmo en ambas márgenes del Plata.

Llega el 18 de Mayo, día de gloria para nuestra Patria, para Artigas y para sus valientes soldados, en su gran mayoría, gauchos de nuestro suelo. Artigas triunfó allí plenamente: «dió a la revolución su primera victoria en el Plata»; su consagración y la de los hijos de esta tierra fué completa.

Más tarde, cuando ante la deslealtad cometida por el Directorio de Buenos Aires daspués de aquel fatídico 23 de Octubre de 1811, Artigas se apresta para levantar el sitio de Montevideo, los gauchos, y con ellos todos, lo rodean y lo proclaman el Jefe de los Orientales. Con su alma inculta pero sincera habían adivinado en él al único capaz de realizar su más grande sueño; el de libertarlos d <s yugo extranjero par formar una patria grande, libre e independiente. Y cuando el Jefe, antes que pedir misericordia a Elío resuelve abandonar el suelo nativo, todos ellos lo rodean y lo siguen como nuevos iraelistas a través del desierto.



En el *Èxodo del Pueblo Oriental* ratifica el gaucho sus nobles sentimientos y cuán valioso es su concurso en la lucha por la independencia.

Á trueque de que se me acuse de abusar de las citas, no puedo resistir a la tentación de reproducir aquí la hermosa página que sobre la intervención del gaucho en ese pasaje de nuestra historia patria, ha escrito Zorrilla de San Martín:

«¡El pobre gaucho! — exclama. — En el cuadro heroico que estamos trazando, en el Èxodo del Pueblo Oriental, ese hombre es todo: él es el que arrea y *carnea* los ganados, y asa la carne, y la distribuye a la muchedumbre hambrienta; es el que

conduce las caballadas, y se arroja a nado en los pasos profundos, y construye las chozas o enramadas con las horquetas del monte, para que en ellas se asile el grupo de las familias patricias, nuestras abuelas, que vieron a ese hombre, en el buen gaucho, en el buen *paisano*, al amigo, al poderoso amigo; es el que queda aplastado bajo el potro que rueda; el que cae atravesado por la lanza enemiga, y degollado al caer; el que muere, luchando con el cuchillo, dentro del cuadro enemigo en que cayó desmontado en la carga homérica, como un pájaro herido en las alas» ...



Más tarde, en el segundo sitio de Montevideo, nuevamente los gauchos valientes probaron cuán grande eran sus ansias de libertad. La bandera española flameó por unas horas en el Cerrito y cuando en la capital el alegre repiqueteo de las campanas anunciaban lo que se creía un triunfo definitivo, se vió de nuevo a las huestes criollas escalar aquella eminencia y perseguir al enemigo derrotado. Desde ese instante nuestros gauchos bautizaban a ese montículo con el nombre de Cerrito de la Victoria. Cien de nuestros patriotas, entre muertos y heridos, constituyeron el precio de aquella victoria, nuevos héroes ignorados que recibirán su consagración en el monumento a erigirse en breve.

Y en la noche de ese día, después de rudo batallar, el gaucho oriental pudo descansar de sus fatigas, con el alma pletórica de satisfacción, mientras las lineas se iluminaban con el resplandor de cientos de fogatas, encendidas para festejar el triunfo.

En el éxodo, muchos de los gauchos, perdidos, habían ganado el monte. Al volver Artigas sobre Montevideo, todos salieron a su encuentro, incorporándose a sus filas para formar en total un ejército de 3600 hombres. El 26 de Febrero de 1813, «Artigas y Rondeau se abrazaron en la cumbre del Cerrito, entre el alborozo de la multitud. Era el Pueblo Oriental, de regreso a la Patria, después de la biblica emigración, y el Occidental, de vuelta a su puesto de honor y sacrificio en pro de la causa americana».



Y ¿a qué seguir paso a paso toda la larga lucha por nuestra libertad? Debería ir repitiendo lo ya consignado. En todas las acciones del ejército patricio, los gauchos, que constituían su principal contingente, pusieron siempre de relieve el sacrosanto amor patrio que los inflamaba. Guayabo, Rincón de las Gallinas, Sarandi, Ituzaingó, Misiones y otros cien lugares de nuestra alegre campiña, más allá de donde hoy llegan nuestras fronteras, fueron testigos mudos del valor desplegado por nuestros rústicos y valerosos hombres de campo. En cada uno de esos lugares escribieron, al enrojecer los campos con su sangre valiente, páginas de gloria en el libro de nuestra epopeya de libertad. Allí, al caer, en medio de las perfumadas verbenas que rodeaban sus cuerpos, que se brindaban para servirles de lecho mortuorio, elevaban una postrer mirada hacia el terruño que dejaban, y morían tranquilos, apaciblemente, como cuenta la historia y la leyenda que saben morir los héroes. Y cuando la muerte cerraba para siempre sus ojos soñadores, cuando aquellos grandes corazones dejaban de

latir, la intrusa no dejaba marcadas en sus rostros las huellas de la desesperación y del dolor; una postrer sonrisa iluminaba casi siempre aquellos rostros tostados por el sol, endurecidos por las ráfagas del pampero, dejando tan sólo las huellas del hombre que muere con la satisfacción del deber cumplido.



Y mientras las aves canoras entonaban en lo alto un himno de vida y de amor, muchas veces una nubecilla blanca cruzaba el azul del firmamento, trazando allá en lo infinito las listas del pabellón de los célicos colores, que más tarde debía flamear en la patria definitivamente constituída, en aquella patria por la cual el gaucho había brindado su sangre, su vida toda...



CAPÍTULO NOVENO

LA LITERATURA Y CANTOS GAUCHESCOS

CAPÍTULO IX

LA LITERATURA Y CANTOS GAUCHESCOS. — HIDALGO, ASCASUBI, ESTANISLAO DEL CAMPO, HERNANDEZ. — LA MUSA DE NUESTROS CAMPOS.

Como lo hace notar el doctor Crispo Acosta, el sabio español, don Marcelino Menéndez y Pelayo, señala como excepción rara en América, la existencia de una poesía gauchesca.

« Los diálogos de Hidalgo — dice — y los de sus imitadores fueron el germen de esa peculiar poesía gauchesca que libre luego de la intención del momento, ha producido las obras más originales de la literatura sudamericana ».

Bartolomé Hidalgo — nacido en Montevideo — fué el primero que en este continente cultivó ese género de poesía, dejándonos numerosas composiciones, entre las cuales se destacan los *cielitos* y diálogos gauchescos.

« El alma del gaucho, consigna Crispo Acosta, y su manera de ser aparecen aquí en la expresión que le es habitual, con su poesía primitiva y tosca, sin arreglos literarios ».

« Bartolomé Hidalgo — dice Leguizamón — el creador del género gauchesco — no vistió chiripá, pues fué barbero en su mocedad y empleado de Aduana de Buenos Aires después; sin embargo sus « Diálogos » entre Chano y Contreras y sus « Cielitos » han quedado como nota criolla de buena ley ».

El género cultivado por Hidalgo encontró imitadores en la

Argentina, figurando entre los que escribieron esa clase de poesías Hilario Ascasubi — de Córdoba — y Estanislao del Campo, de Buenos Aires. Ascasubi dejó en tres volúmenes sus obras «Santos Vega», «Paulino Lucero» y «Aniceto el Gallo»; del Campo se hizo popular con su «Fausto», una de cuyas representaciones líricas hace narrar al gaucho Anastasio el Pollo.

Le siguieron José Hernández, con su «El gaucho Martín Fierro», que se hizo popular tanto en la Argentina como en nuestro país. «El autor — dice el compatriota citado al principio de este capítulo — ha querido olvidarse y se ha olvidado mientras componía a «Martín Fierro», de todas sus impresiones extrañas al campo: sus versos llenos de comparaciones y figuras, son por éstas, aún más que por su fondo, genuinamente rioplatenses».



En nuestro país, Elías Regules, Alcides De-María, Carlos Roxlo y otros que escapan a mi memoria, cultivaron después con éxito ese género literario.

«El doctor Elías Regules — consigna Crispo Acosta, — que es sin duda posible, una de las personalidades más sanas y capaces del país, ha mostrado siempre la más entusiasta afición a las cosas de nuestra tierra y en particular al gaucho. Tiene de éste, las mejores cualidades: la generosidad, la bondad, que se disimula en varonil rudeza, la malicia socarrona, la energía, la altivez a toda prueba cuando el caso requiere. Ha fundado

la Sociedad Criolla de la que es Presidente perpetuo y ha compuesto excelentes versos criollos. Es él quien debería hacer para el Uruguay, el estudio de la poesía gauchesca ».

Varios novelistas del Río de la Plata y no pocos dramaturgos y comediógrafos, hicieron popular la figura del gaucho, pero rodeándolos — especialmente los segundos — de tales fantasías, que en muchos casos no presentan más que una caricatura o un personaje que dista mucho en parecerse a lo que fué nuestro hombre de campo.

« El pueblo campesino — dice Sarmiento — tiene sus cantares propios. El *triste*, que predomina en los pueblos del Norte, es un canto frigio, plañidero, natural al hombre en estado primitivo de barbarie, según Rousseau. La vidalita, canto popular con coros, acompañado de la guitarra y un tamboril, a cuyos redobles se reune la muchedumbre y va engrosando el cortejo y el estrépito de las voces; este canto me parece heredado de los indígenas, porque lo he oído en una fiesta de indios en Copiapó, en celebración de la Candelaria, y como canto religioso, debe ser antiguo, y los indios chilenos no lo han de haber adoptado de los españoles argentinos. La vidalita es el metro popular en que se cantan los asuntos del día, las canciones guerreras; el gaucho compone el verso que canta, y lo populariza por las asociaciones que su canto exige ».

La índole de este trabajo me impide extenderme sobre el particular, pero como complemento a lo escrito sobre el gaucho en capítulos anteriores, voy a reproducir las siguientes páginas:

« La musa de nuestros campos — consigna Rojas — muestra en su lírica una de las más floridas ramas de la literatura popular. Expresión efusiva de sentimientos individuales, surge su trova dondequiera que el individuo alcanza conciencia de su propia personalidad ».

Y agrega en otro capítulo:

« Mientras el gaucho yació en la gleba feudal de las estancias, o se perdió solito en su caballo hacia las lontananzas del desierto, no podía cantar, y no cantó, si no los sentimientos elementales de la vida individual. La guerra americana amplió su mundo de relación, llamándole a los dones de la igualdad, la libertad, la fraternidad democráticas; ideales que simplificáronse para él, durante esa época, en su rencor violento contra el « godo » o « gallego », y un heroico desprecio por la muerte, que debió llevarlo en sus primeros cantos, a todas las jactancias de la victoria ».

Y con respecto al alma poética del gaucho, ha consignado Daireaux:

« Tiene sus poetas; pues él mismo aparenta cierta poesía; perezoso, contemplativo, rodeado de una naturaleza virgen; hijo de hombres civilizados, ha sabido encontrar el lado poético de su vida especial y traducir la poesía de las llanuras y de su género de vida.

Fácilmente os hablará en verso o improvisará baladas. Con frecuencia se ve entre los gauchos un *payador*, especie de trovador, que para hablar propiamente es un improvisador; el verbo *payar*, introducido en el lenguaje del gaucho, significa



conversar con preguntas y respuestas en verso».

«El canto acompaña al gaucho en la monotonía de su existencia errante y solitaria — ha dicho el doctor Crispo Acosta, — un canto acordado al tono de sus sentimientos íntimos, la tristeza. e inspirado en su virtud más apreciada, el valor contra los demás hombres, o en su dicha más apetecida, la ventura de los amoríos. Su poesía es uniforme y triste como su destino, cuando es honda: parece el lamento del alma no satisfecha de una adversidad constante, en sus mayores atractivos, los lances de amor y de lucha. El gaucho se burla y juega en los cantos de ingenio; pero cada vez que brota de su corazón una palabra emocionada, se queja y llora el desamparo de la vida. Esta ha sido con él, avara de sus dones».



Y para poner broche final a este trabajo, quiero reproducir la siguiente perla poética, del inmortal Rubén Dario:

— ¿ Quién eres, solitario viajero de la noche?
— Yo soy la poesía que un tiempo aquí reinó:
¡ Yo soy el postrer gaucho que parte para siempre,
de nuestra vieja patria llevando el corazón!



EL MONUMENTO AL GAUCHO

EL MONUMENTO AL GAUCHO

Nuestro gaucho tendrá pronto el monumento que perpetúe en el bronce su noble y altiva figura. Pronto será saldada la deuda de gratitud que con él hemos contraído hace ya un siglo. La ejecución de la obra está en manos seguras.

El día que se descorra el lienzo que oculte su efigie inmortal deberá ser grabado en los anales de nuestros fastos nacionales, pues será día de definitiva consagración para los heroicos soldados que dieron su sangre y su vida toda en aras de la independencia patria.

Y al descorrerse el velo quisiera verlo surgir caballero en indómito corcel a la carrera. ¡A caballo! ¡A caballo!... a igual, como nos dice Zorrilla de San Martín, de como entró en la gloria nuestro querido Patriarca, nuestro gran Artigas...

No puedo concebir al gaucho si no acompañado del que fué su principal, su indispensable elemento, así en las tranquilas épocas de paz como en las rudas jornadas de la guerra por la independencia.

Quisiera verlo surgir con su desaliñada cabellera ondeando al viento, con la cabeza descubierta, erguida, levantada... Alta, como él la llevaba sabiendo que su mente no podía agobiarse con el peso de tristes remordimientos. Quisiera verlo con su rostro rudo, que el sol, la lluvia y el pampero curtieron; con sus

ojillos vivarachos, acostumbrados a mirar al sol y a escudriñar en las sombras de la noche; con sus labios entreabiertos, como gritando eternamente: *¡ Patria !... ¡ Libertad !... ¡ Libertad o Muerte !...*

Quisiera verlo surgir con el pecho descubierto, cubriendo sólo sus carnes la tosca camisa y un amplio chiripá: con sus botas de potro, con sus « nazarenas », con las « Tres Marías » pendiendo al lado del cinto y el lazo prendido del primitivo cabestro.

Y en el basamento que deberá sostener tan noble figura esta sola, esta lapidaria inscripción:

¡ Él es la Patria !

OBRAS CONSULADAS

OBRAS CONSULTADAS

Acevedo Díaz (Eduardo). — « Grito de Gloria », « Ismael ».

Ascasubi (Hilario). — « Paulino Lucero », « Santos Vega ».

Bauzá (Francisco). — « Historia de la Dominación Española en el Uruguay ».

Blanco Acevedo (Pablo). — « Historia de la República O. del Uruguay.

Bunge (Carlos Octavio). — « Nuestra América », « Principios de psicología individual ».

Calandrelli (M.). — « Diccionario Filológico de la Lengua Castellana ».

Carranza (Adolfo P.). — « Argentinas », « Leyendas nacionales ».

Crispo Acosta (Osvaldo). — « Motivos de crítica Hispanoamericana ».

Daireaux (Emilio). — « Tratado de Derecho Civil para la República Argentina », « Vida y costumbres en el Plata ».

Del Campo (Estanislao). — « Fausto ».

De María (Alcides). — « Poesías criollas ».

De María (Isidoro). — « Historia del Uruguay », « Montevideo Antiguo ».

Díaz (Antonio). — « Historia política y militar del Río de la Plata ».

Doblas. — « Memoria histórica de la Provincia de Misiones ».

Domínguez (Ramón Joaquín). — « Diccionario Nacional ».

Estrada (José M.). — « Bosquejo histórico de la civilización política en las Provincias Unidas del Río de la Plata ».

Fernandez Cuesta (Nemecio). — « Diccionario Enciclopédico de la Lengua Castellana ».

Granada (Nicolás). — Diccionario ríoplatense razonado ».

Groussac (Paul). — « Anales de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires ».

Hernánez (José). — « Martín Fierro »,

Lizárraga (Reginaldo de). — « Descripción Colonial ».

Leguizamón (Martiniano). — « De cepa criolla », « La cinta colorada », « El Gaucho », « Páginas Argentinas «. « El primer poeta criollo del Río de la Plata ».

Lugones (Leopoldo). — « El payador ».

Mantegazza (Pablo) — « Río de la Plata y Tenerife ».

Mitre (Bartolomé). — « Historia de Belgrano ».

Pelliza (Mariano A.). — « Historia Argentina ».

Regules (Elías). — « Versos criollos ».

Rodó (José Enrique). — « El Mirador de Próspero ».

Rojas (Ricardo). — « La literatura argentina », « Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata ».

Roxlo (Carlos). — « Cantos de la tierra », « Flores de ceibo ».

Sarmiento (Domingo F.) — « Facundo o civilización y barbarie ».

Viana (Javier de). — « Campo », « Gaucha », « Gurí », « Yuyos » « Macachines », « Leña seca ».

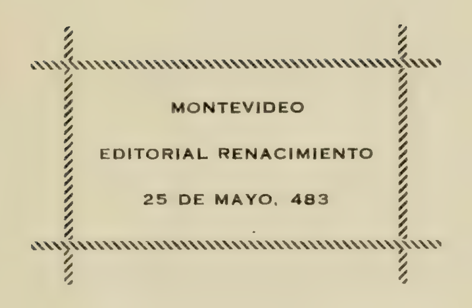
Vidal (E. E.). — « Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Monte - Video ».

Vigil (Constancio). — « Cuentos ».

Zorrilla de San Martín (Juan). — « La Epopeya de Artigas », « La Leyenda Patria ».

ÍNDICE

ÍNDICE


MONTEVIDEO

EDITORIAL RENACIMIENTO

25 DE MAYO, 483

